

Primera edición
Marzo 2022

Premiados
Vol. 4

“La creatividad de los estatales”

*Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
el almacenamiento en sistema informático y la transmisión
en cualquier forma o medio electrónico, mecánico,
por fotocopia, por registro o por otros métodos,
así como la distribución de ejemplares mediante alquiler
o préstamo público sin el permiso previo y
por escrito de los titulares del Copyright.*

Impreso en Argentina
por UPCN
24 de noviembre 493 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina

Hecho el depósito que dispone la ley 11723

Premiados 4 : la creatividad de l@s estatales / Martín Moreno ... [et al.] ;
compilación de Leticia Manauta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : UPCN-Unión Personal Civil de la Nación, 2022.
136 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-1506-46-0

1. Literatura Argentina. I. Moreno, Martín. II. Manauta, Leticia, comp.
CDD A860

Concursos Participativos
2020 • 2021

PREMIADOS

La creatividad de los estatales

Vol. 4

COLECCIÓN
UPCN EN LAS LETRAS

Prólogo

Otro ejemplar de Premiados sale de la imprenta. Incluye dos llamados a Concursos Participativos, en este caso tratándose de Literatura los premiados de 2020 y 2021.

Además de ser consecuentes con el llamado a estos Concursos y entregar premios en dinero, la UPCN dio un paso más y comenzó en 2016 a editar PREMIADOS, reuniendo ganadores en cuento y poesía de los años 2011, 2012, 2014, y 2015. Y esto no es una banalidad, es promover a nuestros autores a través de un libro, que es en realidad la aspiración de todo escritor. No sólo fomentamos la expresión de la creatividad de los estatales sino que la difundimos a través de estos libros, que les son entregados gratuitamente. Esperamos que cada vez más público se interese por estas ediciones, y nuestros autores tengan facilitado el camino para seguir escribiendo y publicando. Cuentan con la rampa de lanzamiento.

Las temáticas que elegimos para estos Concursos coinciden con alguna efeméride de nuestra patria que sea trascendental, por eso en

la edición 2020, encontrarán el homenaje al bicentenario del fallecimiento del Gral. Manuel Belgrano. La temática para cuento fue El encuentro de Yatasto, la primera vez que se encontraron Belgrano y San Martín. El tema para poesía fue La Bandera.

Y con verdadero empeño, talento e investigación respondieron los autores. Siempre destacamos la participación de los jurados, compañeras y compañeros de UPCN con experiencia en temas literarios sumados a los que ya han ganado primeros premios, otra manera de no concentrar este compromiso siempre en los mismos autores/as. En este 2020 fueron jurados en Poesía: María del Carmen Barcia, Mariano Shifman y Maximiliano Díaz. En Cuento: Flavia Helguero, Iván Guede Santos y Emilio Gauna.

En el llamado de 2021 estábamos atravesados por la pandemia de Covid, nuestras vidas se habían alterado, las personas enfermaban y muchos sufrimos pérdidas de amigos, familiares, vecinos, convivientes, así que no hubo duda sobre la temática de los cuentos. La sorpresa fue el giro lleno de creatividad y fantasía por la que optaron algunos de los autores que figuran en esta edición. La poesía la dejamos libre y también nos sorprendió el vuelo de la misma.

En este caso agradecemos a los jurados de poesía y cuento que destinaron muchas horas a la lectura minuciosa y a la discusión posterior por el orden de los premios.

Jurado de Cuento: María del Carmen Barcia, Flavia Helguero, Osvaldo Luis Sixto Canosa.

PREMIADOS

Jurado de Poesía: María Victoria Bianco, Verónica Ruscio, Alberto Muhape.

Otra edición, dos libros, otra esperanza desplegada a través del papel y puesta a consideración del público, acompañada de la expectativa de nuestros autores.

Secretaría de Cultura y Capacitación

Unión del Personal Civil de la Nación
Seccional Trabajador@s Públicos Nacionales y del GCBA

CONCURSOS 2020

CATEGORÍA CUENTO

I

Primer Premio - Cuento

Título de la obra: “Noche para un país que no existe”

Autor: Martín Moreno

Delegación PAMI

II

Segundo Premio - Cuento

Título de la obra: “El Viejo”

Autor: Maximiliano Diaz

Delegación Desarrollo Social

III

Tercer Premio - Cuento

Título de la obra: “El Dije de Belgrano”

Autor: Alberto Cazon

Delegación Min. de Transporte

IV

Mención Especial - Cuento

Título de la obra: “Los Generales”

Autora: Marcos Almada

Delegación Ente de la Ciudad

V

Mención Especial - Cuento

Título de la obra: “Yatasto con aroma de mujer”

Autor: Silvana Da Silva

Delegación ANDIS

VI

Mención del Jurado - Cuento

Título de la obra: “Próceres Argentinos”

Autor: Diego Accorsi

Delegación ANDIS

VII

Segunda Mención - Cuento

Título de la obra: “El Abrazo”

Autora: Andres Brandollini

Delegación ANMAT

Jurados

Flavia Helguero
Iván Guede Santos
Emilio Gauna

Primer Premio - Cuento

Nombre para un país que no existe

Martín Moreno

Delegación PAMI

El día de hoy fue particularmente difícil. El calor fue agobiante y la confianza de los hombres mostró síntomas de franco declive.

No los culpo. Yo mismo la mayoría de las veces no estoy muy seguro de cada paso que doy. No conozco muy bien la tierra que pisamos, las montañas que nos rodean, las sombras que nos esperan. No sé.

Me muestro firme y determinado, convencido. No es bueno titubear en medio de este océano de viento y dudas. Pero vamos, que cada hora pide permiso a la siguiente para poder pasar. Que el silencio desértico ahueca en nuestros tímpanos un silbido glacial. Que el avance cansino de los pingos suena rítmico, mecánico, somnoliento. Que ninguno de nosotros sabe nada en concreto. Que los “godos” aguardan con paciencia metódica. Que este país todavía no es tal cosa, ni se parece. Que allá en España yo era un militar importante y acá...bueno, acá estará por verse.

No es que me arrepienta de nada. Nada de eso.

Siempre sentí el llamado extraño, el interrogante persistente de este lugar remoto y sureño, de esta tierra alejada donde nací, pero de la cual no quedaban más que trozos difusos, recuerdos dispersos de una infancia incierta, allá lejos, algún monte, alguna tarde de juegos, algún recodo cálido y feliz de la primera infancia, donde uno aprende el todo y al mismo tiempo, siendo tan pequeño, casi que evapora todo. Ese todo que en alguna parte queda.

Yo nací acá. Me lo repito con fervor. Necesito reafirmarlo. Convencerme. Sentirlo. Carajo, no voy a dar la vida por algo que no sé ni qué es.

O tal vez sí.

Es poco lo que uno puede llevarse con cinco años. La vida recién empieza. Y yo con cinco años. Casi que mi verdadera vida comenzó en el otro lado del mundo. Allá donde las cosas andan bien y los generales son pulcros. Allá donde se acostumbra a conquistar y a mandar. Allá donde nadie quiere liberarse de nada porque todo el mundo parece sentirse a gusto, sólido, afianzado, marcial.

Pero yo no.

Yo siempre supe que debería venir a buscarme a mí mismo a alguna parte. Acá tal vez. Acá donde todo comenzó aunque poco recuerde. Acá donde el nuevo mundo parece querer estallar contra la historia. Acá donde todo está por nacer y la palabra libertad suena como himno estridente en cada poro. Acá.

Pero estos días no ayudan. Y son la clara mayoría. Por una jornada de gloria, alegría y felicidad vivida, vienen decenas, acaso cientos, de jornadas grises, vacías, inciertas, fatigosas, polvorientas, duras, llenas de miedos y preguntas. O peor aún. Llenas de nada.

Horizonte. Allá nos esperan. Me espera.

Se llama Belgrano. Abogado, estadista, figura gravitante en Mayo. Escasa o nula formación militar. Mentor de las hazañas de Tucumán y de Salta. Creador de un ejército surgido de la nada misma. Líder del éxodo Jujeno. Portador de un mensaje embrionario de libertad. Mensaje en gestación, difuso, ambiguo, cuyas formas y fondos no conocen ni siquiera aún quienes lo impulsan.

Algo en que creer. Nosotros. Fe.

Y me espera. Exánime, fatigado, acaso abatido. Me espera. Aguarda por mi recambio, por mi presencia, por mi esperanza. Soy la esperanza de ese hombre y de sus hombres. Confían. El país que no tenemos nos necesita. Cree en nosotros.

Cree en mí, que vengo en busca de mi destino a una tierra que no conozco pero que es la mía.

Veo a Belgrano y me veo a mí mismo. Veo a cada hombre americano. Demasiados interrogantes para tener por delante una tarea tan ciclópea. Dar forma a una patria que no existe pero que vivirá en los manuales escolares, allá, dentro de bastantes años. Allá lejos.

Borges no nace todavía, pero si viviera seguramente diría que Belgrano y yo somos un solo hombre. El mismo. Que cada hombre es todos los hombres. Que la historia humana juega en una suerte laberíntica. Que hay un instante de magia, un pinchazo, un momento crucial donde cada hombre sabe quién es, y cuál es su destino para siempre.

No conozco a Borges, pero me gusta lo que va a escribir cuando nazca.

No conozco a Belgrano, que si ha nacido, e incluso está más cerca del final que del principio. Lo aguardan los manuales. Los escolares. Los oficiales y los revisionistas. Los ortodoxos y los contestatarios. Todos los manuales tendrán lugar para ese hombre, para ese tal Belgrano que me espera depositando todo el futuro en mí. La historia se escribe entre hombres polvorientos, cansados, que tosen, que dudan, acaso que temen. La historia será Belgrano, serán los “godos”, será esta jornada para el olvido, serán tantas jornadas que pasarán a la nada, será la nobleza de Cabral que murió por mí.

Incluso hasta yo mismo seré la historia. O no. O no del todo. Habrá que ver hasta que punto a los niños de tercer grado inferior les explican de nuestras desventuras, de nuestras tristezas, de nuestras escasísimas y efímeras victorias, de nuestro destierro. De nuestra vida mucho más llena de pesares que de felicidades. Acaso como todas las otras. Acaso como todos los hombres y mujeres, replicados, repetidos, en un mismo y difuso existir que lucha a diario por un ratito que valga la pena recordar.

Los manuales dirán poco de todo esto. Escribirán de todo. Pero no dirán casi nada.

Los niños nos amarán, nos odiarán. Incluso peor aún, nos ignorarán. Y todas las posturas serán tal vez igual de respetables. De entendibles.

Yo sé muy bien que los soldados se ríen a mis espaldas. Sé todo. Sé que bromean sobre mis modales, mis posturas, mi voz.

No les parezco el clásico jefe militar, duro, determinado, marcial. No les parezco eso. No lo soy.

Soy un hombre de leyes, de libros, de tertulias y de pensamientos.

Los he visto, sin embargo, seguirme sin dudar en Tucumán y en Salta. Jornadas de gloria. Acaso de las más gloriosas de mi vida, de nuestras vidas, y de esta tierra que aún no es un país pero que ya cobra sangre de nuestros hermanos sobre ella.

Tucumán y Salta fueron hermosos. Yo vi, yo pude ver, la emoción en los rostros. Organizamos la resistencia de la nada y con nada. Fuimos héroes. Tal vez nuestra existencia se justifique solamente por esos dos sucesos. Acaso no haya más que eso. Frenamos e hicimos recular a un ejército superior, disciplinado y mejor armado. Y nosotros nada, un grupo confuso y entusiasta de patriotas de una patria que no es patria. Pero fuimos. Y Vencimos.

Siento que convergen en mí todas las sangres americanas. La del indio, la del gaucho y la del pampa. La del hombre filósofo y genial, pero bárbaro e irredento al mismo tiempo. Siento que soy todos. Incluso soy el español que maté. Soy el caballero civilizado y soy el grito desesperado de la lanza y del malón.

Sarmiento es un recién nacido. Faltan años para que nazca Perón. Pero siento que soy ellos. Soy un poco de los dos. Soy el poema de José Hernández que aún no está escrito. Soy Martín Fierro. No puedo evitarlo. No sé cómo hacerlo. Soy un guerrillero que vivirá dentro de más de un siglo, de apellido Guevara y que le dirán “Che”, que será doctor pero que matará en nombre de la revolución y de un mundo mejor. Y será bandera y símbolo universal. Soy también un poco de él.

Probablemente sea ése que viene. Ese San Martín. Ése que viene a recuperar esto que nos ha quedado.

Luego de Vilcapugio y de Ayohúma somos más un pasado que un presente. Somos un recuerdo próximo a integrar estrofas de alguna marcha. Somos una parte del himno que aún no se escribe. Somos la esperanza puesta en ese tal San Martín. Viene por mí. Por nosotros. Por lo que queda de nuestros héroes. Por todo lo que falta realizar. Por el sueño, que nunca debe perderse, ni aunque ya no se tenga. Viene por todo eso.

Ambos formaremos parte de una misma trama. Las generaciones venideras hablarán de este abrazo, necesario, casi impostergable.

No habrá destino, ni futuro, ni país sin este día. Sin esta hora. La historia necesita que este sea nuestro día. Hoy y aquí. No hay más plazo. La magia de lo eterno debe fundirse en un abrazo que mimetice nuestras esencias. Ambos somos, y seremos, el otro. No podrá haber patria si no logramos sentirnos el otro. Si no vemos en el otro nuestro mismo sueño, nuestro mismo miedo, nuestra misma angustia, nuestra misma esperanza. La patria, que aún no existe, deberá ser eso. Partir desde ahí.

Lo espero. Sí, lo espero, con fatiga, con sudor, con ansiedad, con algo parecido a la esperanza y a la urgencia de una misión cumplida. Lo espero y ya no puedo hacer otra cosa más que esperar. Si no lo esperara, mi vida ya no tendría más razón de ser desde ya mismo. Incluso, probablemente, ya no lo tenga luego de hoy.

Por eso espero. Porque los que nos van a suceder en la historia necesitan que esto suceda hoy. Que haya algo en que creer. Que exista alguien en quien confiar. Que la patria sea algo más que una palabra

Lo veo. Son ellos. Debe ser aquél. Cuánta derrota junta. Y sin embargo, tal vez no exista una derrota tan heroica, tan gloriosa, tan históricamente necesaria.

Cada vez lo veo más cerca. Es él. Es la mirada febril del porteño que lo ansía todo. Que mira al río eterno. Es la nostalgia del inmigrante y la angustia existencial del arrabal. Es la sonrisa corta del compadrito que aún no termina de ser. Es él. Llega. Ha llegado.

Nos miramos en espejo. Borges parece ganar la partida. Somos el otro. Lo logramos, brevemente, pero lo logramos.

El abrazo es algo natural, instintivo. Ineludible. Lo sentimos. En ese abrazo debe estar el todo. Ese todo que no se puede escribir. Ese todo que los manuales no van a poder narrar nunca. Lo abrazo. Me abraza.

Lo hiciste bien, muy bien. Le digo.

Vos lo vas a hacer mejor, seguro. Mucho mejor que yo.

Lo has dado todo, y más. Yo lo sé. Todos lo sabemos.

Me dice una frase que aún no se ha escrito, pero que dentro de casi 200 años será un ícono del rock argentino. Una música que no existe aún, en un país que tampoco existe todavía, ni se llama de esa manera. La frase dice así: “este asunto está desde ahora y para siempre en tus manos, nene”

La tomo. Acaso no la comprendo del todo. Pero la tomo igual. Nos damos otro abrazo. Y eso parece ser todo.

Lo veo luego, tranquilo, agarrar sus pocas pertenencias, sus cosas escasas.

Me agradece con un gesto. Se ve aún titubear un poco, como no queriendo irse del todo, pero urgido de reposo al mismo tiempo. Ex-tenuado. Tal vez reconfortado por la tarea culminada.

Entonces me acerco y le digo:

Che Belgrano, dentro 200 años los manuales escolares hablarán de nosotros. Los niños deberán cantar marchas en nuestro nombre. Tendremos calles, avenidas, monumentos.

Todos usarán nuestro nombre para hablar de nuestro país.

¿Sabías eso?

¿Y cómo se va a llamar nuestro país?...me responde.

Bueno, ya iremos viendo. Cuando le ganemos a los “gallegos” lo pensaremos mejor. Tal vez incluso hagamos un concurso para determinarlo.

¿Te gustaría participar?...le pregunto.

Me mira y con una sonrisa me responde:

Pero San Martín, compadre, si ya estamos participando.

Y lo veo alejarse, despacio, tranquilo, cansado, presente para siempre.

Segundo Premio - Cuento

El Viejo

Maximiliano Díaz

Delegación Desarrollo Social

*“Vidita, ya me voy
De los pagos del Tucumán.
En el Aconquija viene clareando;
Vidita, nunca te he de olvidar”¹*

Escupió sangre. Miró fijo al compañero que le tomaba la mano. En sus ojos cansados no se veía dolor ni pena.

Estaba en paz. Hacía tiempo que había comprendido que la muerte no lo sorprendería durmiendo.

Todos lo llamaban Viejo. Pero los que eran grandes como él le decían Tucumano, por la forma de hablar y de quedarse callado.

No había dicho su nombre cuando llegó a los llanos. Nadie se lo preguntó tampoco: no es de hombre andar preguntando. Hay dolor detrás de cada silencio. Y el dolor que guarda un gaucho guerrero, se debe respetar.

Se le notaba que sabía pelear. Seguramente había sido soldado frente a los godos. Bastaba con verlo cabalgar y apearse.

Todos los que pelearon por la Patria tenían señas parecidas. Se reconocían al cruzar la mirada, y se tocaban el sombrero para saludarse, en silencio. Sin decirse palabra.

Algunos jóvenes, los más inteligentes, observaban a los viejos soldados e intentaban aprender de ellos. Los más briosos, en cambio, eran siempre los primeros en caer.

*“Vidita, ya me voy
Y se me hace que no he i volver.
¡malaya mi suerte tanto quererte,
Vidita y tenerte que perder!”²*

El viejo supo tener un nombre; pero tuvo que olvidarlo el día en que debió partir:

Quemó el rancho y se quedó mirando las llamaradas que se elevaban y recortaban entre el cielo azul y el monte. No giró la cabeza ni para mirar a su mujer que se alejaba destruida, con el changuito a cuestas.

En realidad, no quiso verlos para no morir ahí mismo. Él, que nunca había llorado, en silencio lloró. Y tembló de rabia mientras lloraba, sin animarse a mirar.

Destinado al olvido, se resignó. La mujer se fue para Santiago y, desde ese día, se convenció a sí misma de que su hombre nunca regresó de la campaña. “En Salta ha de estar enterrado, bajo la tierra que lo vio morir”. Y del niño... menos pregunta Dios y perdona.

No tuvieron elección. Para salvarse, o para que, al menos alguno de los tres pudiera salvarse, debían borrar su pasado y su apellido. Ya no había lugar para ellos en el Tucumán, desde que Lamadrid se volvió el hombre fuerte de la provincia.

Y pensar que habían cabalgado juntos. Y que por él empuño la lanza y el facón. Y que, a su lado, se la jugó entero por Belgrano, sin permitirse la más mínima objeción. Si hasta lo acompañó a Yatas-to, allí entre Metán y Rosario de la Frontera, donde los generales se abrazaron.

Ese día, sintió de verdad que peleaban por una Patria recién nacida. Pero nacida allí, en el abrazo de los dos, macho contra macho.

Para él, a la Patria la parieron en Yatasto, no en Buenos Aires. Entre acero, pólvora y sangre.

Por eso nunca pudo entender que Lamadrid no lo perdonara: Él, que había visto a los Generales, no podía empuñar su lanza contra gauchos pobres que, con él, habían sangrado en el norte.

En fin, desde Arequito que Lamadrid se la tenía jurada: por desertor, por traidor. Por haberlo considerado su amigo.

El viejo quedó condenado a vagar como si fuera un gaucho malo. Sin rumbo ni apuro. Al paso de su overo.

Y como no era conversador, ni le resultaba complicado dormir al sereno, ni conseguir algún cuero para cambiar por yerba o aguardiente, pasaba por gaucho malo, aunque fuera un hombre solo nada más. Una sombra en agonía.

-En los llanos se están juntando los hombres como usted, forastero-le dijo al pasar un paisano que parecía correr su misma suerte.

Aquella tarde, entre un trago y un amargo comprendió que no tenía remedio. Había intentado alejarse, pero la guerra nunca le perdió el rastro y terminó por dar con él. Se acomodó el chambergo, se tanteó el cinto, revisó la daga que guardaba bajo las caronas y rumbeó para La Rioja.

“Los que aprendimos a pelear, quizás ya no sirvamos para otra cosa...”

*“Fue en la batalla de Rincón,
tacuaras hizo sentir.
Luego vino Ciudadela:
Su terrible lanza venció a Lamadrid.”³*

- ¡Tucumano, no me afloje! - le gritó Facundo

El viejo escuchó de su general la noticia de la victoria y de la desbandada del enemigo. Rio una carcajada fuerte, tosió y escupió más sangre:

- ¡Bautista Ramón Argüelles! ¡Argüelles, mi General, carajo! –

En la Ciudadela, donde los federales de Facundo Quiroga derrotaron a las tropas de Gregorio Aráoz de Lamadrid, descansa entre tantos, y en la tierra que lo vio nacer, Bautista Ramón Argüelles, quien fuera soldado Federal y del Ejército del Norte.

*"Y aquél que se crea dueño
de esta noble tierra gaucha,
quiera ponerle su marca,
debe pensarlo primero;
que muchos gauchos murieron
por ganar su libertad.
Defender su dignidad
fue principio de esos hombres
que abonaron con su sangre
este suelo sin igual"*⁴

¹Atahualpa Yupanqui

²Atahualpa Yupanqui

³Roberto Rimoldi Fraga

⁴Roberto Rimoldi Fraga

Tercer Premio - Cuento

El Dije de Belgrano

Alberto Cazon

Delegación Ministerio de Transporte

Corría un calor demencial. Los mosquitos entre tábanos y moscas hacían la vida imposible. Muchos estaban enfermos o heridos, otros se querían ir. Otros se peleaban por el aguardiente, un pedazo de charqui o cigarros. Todavía se veían algunos esclavos negros soñando con la libertad. Sin embargo algo los unía. Algo místico entre aquellas montañas de nieves eternas y montes de yucas que permanecían soberbias e ignorantes de todo lo que ocurría, como si el destino de los hombres no les importaran, como si no existieran.

El general estaba en una de las habitaciones buscando algo de tranquilidad luego de un fuerte dolor de estómago que lo aquejaba hacía algunos días, sin haber dormido toda la noche planificando el día y cerrando los informes que le quedaban, de manera ordenada, metódica y honesta, como siempre se caracterizó. Él personalmente supervisó las provisiones, el correcto aseo de los caballos y monturas, el personal, las armas, los mapas y los documentos de espionaje al enemigo, entre otras cosas.

En sus pensamientos repasaba todos los pormenores de las batallas libradas, entre el aroma de las paredes de adobe recientemente reparadas y el fardo de paja nuevo colocado en una parte del techo, que le recordaba a los indescriptibles olores de verano de su infancia, cuando su padre Doménico hacía reparar las paredes y techos de su casa mientras él se preparaba junto a su madre para asistir a misa en la recientemente inaugurada Parroquia Nuestra Señora del Rosario

y convento de Santo Domingo, a unos metros de allí, sin saber que luego sería depositaria de sus restos inmortales.

Esos dulces recuerdos también rememoraron aquella vez en que le dio su primer beso prohibido a María José, la bella dama para quien el matrimonio solamente se trataba de un papel sin valor ni sentimiento, que no debía prohibir entregarse al verdadero amor, aunque sean solo unos breves instantes en un breve período, pero de gran intensidad. Una relación libre y natural, sin ataduras sociales tal como lo decía Jacques Rousseau, propulsor ideal de la Revolución Francesa que tanto adhería. La Revolución francesa que tanto espíritu le había dado para emprenderse en la liberación de América de las tiranías absolutistas.

De repente, el ruido de voces confusas se apropió de la situación. Eran los gauchos alborotados que se conglomeraban alrededor de la finca ante una inminente llegada, rompiendo las filas y licenciándose de sus deberes, para estar allí, lo más cerca posible. Los oficiales rápidamente pusieron orden convirtiendo nuevamente las inmediaciones de la Posta de Yatasto en un verdadero cuartel militar, quedando como único sonido el viento combinado al graznido de los cuervos que volaban en círculo alrededor del sol, quizás divisando algún cadáver.

A lo lejos emerge el polvo del árido suelo anunciando el paso de los granaderos, y el vibrar de su andar se acerca cada vez más. Reina una tensa calma en el lugar. El General Manuel Belgrano salió de la finca con su bicornio puesto y envainando su espada hacia uno de los costados, dirigiéndose a donde estaban todos los soldados formados en filas, para esperar, al igual que ellos, la llegada de su par, el General San Martín. La unión de ambos generales pronto se haría realidad.

Se presentó en el lugar el ayudante de San Martín, anunciando su llegada. Todos se pusieron firmes. El único puñado de húsares de la patria comenzó a tocar los tambores y clarinetes, mientras dos

cañones realizaron disparos. Belgrano cumplió así su deseo de recibir con todas las pompas al nuevo general, pese a las grandes carencias del maltrecho ejército del norte.

San Martín bajó de su caballo blanco y prefirió avanzar a pie. Lo mismo hizo Belgrano, bajándose y caminando hacia él, rompiendo un poco los protocolos usados en España, donde ambos generales se deben encontrar a caballo. A los criollos les gustó este gesto, más emparentado con la cultura de sus almas que con la exuberancia foránea. Finalmente, se saludaron con un fuerte abrazo, en una imagen que nada envidió el saludo que alguna vez se hicieron los dioses Zeus y Poseidón en los Campos del Olimpo, cuando debieron proteger el destino de la humanidad en la batalla contra los titanes.

Esta vez toda la majestuosidad de la naturaleza se inclinó ante los dos próceres, disculpándose de la soberbia e ignorancia hacia los humanos que habían mostrado anteriormente, homenajéandolos tiñendo el cielo de celeste con nubes blancas, remedando la bandera patria que gloriosa flameaba entre ambos, como lo hiciera por primera vez en la aurora de las orillas del Paraná de mano de su creador allí presente.

Al ingresar a la hacienda, se dirigieron a la sala principal, no al centro de comando como deberían haberlo hecho. El motivo fue que Belgrano quería intercambiar previamente una charla distendida y placentera, lejos de las novedades de rigor que toda entrega de mando requiere. Ordenó a la plana mayor que los dejaran solos mientras un soldado le traía la pava y el mate para luego retirarse respetuosamente. Una vez allí intercambiaron elogios, agradecimientos, temas de salud personal y novedades de la región.

Belgrano le confesó el verdadero motivo de esa reunión previa. Estaba cansado, se sentía un poco angustiado por los resultados de las campañas durante su mandato. Le estremecía su futuro incierto al llegar a Buenos Aires ¿sus enemigos lo pondrían preso? ¿Lo

desterrarían? ¿Le confiscarían sus cada vez más escasos bienes? ¿Lo mandarían a Europa? ¿Cómo evolucionaría su salud? Tenían tantos interrogantes y en el único que podía descargarlo en ese momento era en San Martín, a quien le tenía confianza desde mucho antes de conocerlo personalmente.

San Martín, viendo como afloraban todos los sentimientos humanos que un buen hombre puede tener, apreciando que Manuel se presentó como persona antes que como militar, escuchó sus palabras y le brindó algunos consejos. También quiso devolverle el gesto y le contó sus asuntos. Le contó sobre sus enemigos en Buenos Aires, en especial los resabios del Primer Triunvirato que él se encargó de darle fin, cuyos miembros aún mantenían poder.

También le habló sobre sus errores en la reciente batalla de San Lorenzo, donde perdió más soldados de lo esperado e incluso casi pierde la vida. Belgrano no podía creer cómo una batalla tan heroica y planificada como la de San Lorenzo podría tener errores, pero igualmente le agradeció su empatía y la grandeza de mostrarse también como un ser vulnerable. Hablaron de muchas cosas más, que quedaron en los secretos de la historia de aquel célebre 17 de enero de 1814.

Al terminar la reunión, antes de pasar a la sala de comando y formalizar el traspaso junto a la plana mayor de ambos generales, San Martín le regaló un valioso dije, cuya extraña piedra era de un intenso color rosa. Se lo había regalado un cacique nativo del Alto Perú, diciendo que sería la última persona capaz de restaurar el antiguo Imperio Inca, pero que visualizaba muchos enemigos que quizás impedirían esa misión. Le estaba vaticinando la propuesta fallida que años después haría San Martín al querer restaurar una monarquía sudamericana con Tupac Amaru como rey.

Belgrano tomó esa piedra que decían tener propiedades mágicas y la guardó en su bolsillo, y a cambio le regaló una escarapela tejida

a mano, con incrustaciones de piedras preciosas del norte y bordada con hilos de oro por la heroína María Remedios, en la triste batalla de Ayohúma, donde pese al valor de la lucha perdió por segunda vez contra las tropas realistas, costándole, según su opinión, el puesto que ahora tomaba San Martín. Por esa razón, le hizo un último pedido: luchar a su lado como subalterno.

San Martín rechazó esa propuesta, ya que consideró que nadie era digno de estar por encima, y que así la historia recordará al gran General Belgrano como el único comandante que luchó heroicamente contra un ejército más numeroso, preparado y armado en lugares donde otros no quisieron luchar. Belgrano lo aceptó y nuevamente le agradeció el gesto. Finalmente realizaron el traspaso de mando sin inconvenientes, regresando luego a Buenos Aires, con una emotiva despedida de su ejército.

Todo esto recordaba en su lecho, mientras el doctor le aplicaba unos calmantes para su intenso dolor. Corría el 20 de junio de 1820. Belgrano le dio como pago un reloj de bolsillo que le regaló el Rey Jorge III de Inglaterra y el dije de San Martín, balbuceando sus últimas palabras, reveladas por la magia de la Rosa del Inca en esas perturbadas noches de locuras y delirios de muerte, de aquella muerte que nunca temió y siempre enfrentó.

Sus tenues palabras fueron “Se me ha revelado que algún día las Provincias Unidas conformarán un solo país, que será glorioso y digno ejemplo ante las demás naciones de la tierra, y yo, su hijo amado, habré triunfado en el memorial de los tiempos sobre las oscuras fuerzas que siempre lo impidieron. Esa es mi batalla final. Esa será mi victoria eterna”. Habiendo dicho esto, con su rostro lleno de luz y rodeado de ángeles, expiró. Así lo presenciaron los monjes dominicos durante la extrema unción, y también el médico Joseph, quedando para sí estas revelaciones.

Mención Especial - Cuento

Los Generales

Marcos Almada

Delegación Ente de la Ciudad

Es de noche y las indias cuchichean. Se amontonan en la cocina, cuando la soldadesca, con la panza llena, se junta alrededor del fogón a chupar, y a escuchar historias, mientras ellas trasiegan ollas y cacharros, y reciben a los negros para comer. No es una noche más. Llegó de Buenos Aires el general ése, dicen que a reemplazar a Don Manuel. Vilcapugio y Ayohúma lo desgraciaron al pobre. En cambio, el otro, viene triunfal de San Lorenzo. Así son las cosas en la política, dicen los que saben. Encima, como chimentó un chasqui en la cocina las otras tardes, los de la capital quieren la cabeza de Don Manuel. Para los jefes de la guerra está mal visto liberar prisioneros, y peor todavía, si esos prisioneros vuelven a combatir.

La posta de Yatasto está abarrotada de soldados. Don Manuel mandó armar tiendas de campaña improvisadas con cueros y ponchos, pero es mucha la gente que vino con el cuyano. Al diezmado ejército del Norte, paisanos flacos como galgos, indios y mulatos con la piel de charque, se les suman los del segundo regimiento del general cuyano. Las negras y las indias tuvieron trabajo. Mucha hambre para saciar. Puchero de capón y sopa gruesa. Uno de los últimos animales que quedan. Habrá que ver si ahora los beneméritos de la capital se dignan en mandar algo de plata. Queda poco y nada. Algunas gallinas, unos sacos de harina y arroz con gorgojo, unas bolsas de papa y cebolla, galleta con mufa.

De cuando en cuando se escuchan las risas alrededor del fogón.

Sumidos en la felicidad momentánea de los chifles de aguardiente y caña dulce, los hombres se aflojan las bandoleras y se olvidan de lo que les espera al otro día.

Las indias no paran de recibir indios y negros en la cocina, a buscar su ración. Los negros, más lenguaraces y atrevidos que los indios, dicen que el general que vino a reemplazar a Don Manuel quiere disponer depósito de parques, hospital, acopio de pertrechos, suministros, ganado y grano. Eso dicen que dijo. Que le gusta la disciplina, que tiene su propio código con normas severas para los díscolos.

Los generales pidieron un poco de caldo. Están reunidos en el barracón que usa Don Manuel de pieza y escritorio. Anda jodido de los músculos, se le hinchan y agarrotan. No es hombre de guerra. Es un pensador, un hombre de ideas. Pero la patria lo necesita al frente, hay que combatir al enemigo, evitar el avance español, instaurar el sistema republicano. El otro general también está jodido parece. Don Manuel hizo llegar un orden para que preparan ungüentos y tés.

Ya la noche agujereada de balidos y relinchos ya extendió su poncho ralo sobre el campo. La soldadesca duerme. El grueso de la tropa del cuyano se apostó en el galpón que sirve de granero. Hombres cansados por el largo viaje, tirados sobre cueros de oveja tapados con sus propios ponchos. Los indios y los negros al sereno. Algunos guardados contra la tapia que sirve de espaldón de tiro.

Al alba habrá instrucciones y órdenes que cumplir. Reverbera todavía en la barraca de Don Manuel, la llama del farol. Esos dos hombres, capaz no peguen un ojo. Muchas responsabilidades sobre sus hombros.

Las indias duermen en la cocina, sobre cueros de ovejas. Ellas son las primeras en recibir el día. Unas se aprontan con el desayuno de la tropa, mate cocido con galleta; otras con el almuerzo, puchero de gallina. Las indias y las negras no pueden dimensionar el tamaño del encuentro. Ellas también suponen, fabulan, inventan. Inscriben en su

memoria retazos de una realidad que las supera. Escriben un relato lateral, ese doble bies de la historia, cortado en juliana. Sienten en las tripas que algo importante está por pasar. No saben bien qué tipo de acontecimiento va a cambiar para siempre el destino de los hombres que no soportan la sujeción. Hombres así, como los dos generales, tan distintos de sus padres y hermanos, que aguantan y se resignan a una vida de servicio y dependencia. Negras, indias, mujeres del campo. Ellas lo saben bien. Ningún derecho las ampara. Esa libertad de la hablan los beneméritos señores, a ellas no las toca. Para ellas nada va a cambiar. Van a seguir sirviendo. La patria es un invento de los hombres para disputarse el poder entre ellos.

Es una mañana limpia, el cielo nuboso flamea como la bandera de Don Manuel, ésa que le trajo disgustos y problemas. Parece que el cuyano amaneció malo del estómago. Según dijo uno de los centinelas, el general salió durante la madrugada varias veces a cambiar las aguas. Lo escuchó toser, y dice que le pareció ver que vomitaba sangre. Rudecinda, una de las hijas de la cocinera, le llevó té de manzanilla a la mañana bien temprano. A la india no le gusta que manden a las chicas a las piezas de esos zorros. Prefiere que se queden en la cocina. Pero es inevitable, las mandan a lavar ropa, a la vista tosca de los soldados. El destino de una mujer está cifrado desde el nacimiento, lo más que puedes hacer las indias viejas es retrasar el momento en que algún hombre pase de la pretensión al uso. Las chicas son inocentes, pero ya están en edad para que un hombre las quiera. Y algunas de ellas, seducidas por el porte varonil y halagüeño, se dejan preñar, y ya no sirven para trabajar, tienen que criar a los hijos hasta que crezcan y sepan cuidarse solos, pero para ese entonces ellas mismas van a ser viejas para trabajar, y van a tener que trabajar igual, como ella, que se tiene que valer de una fuerza que le viene de atrás, de muy lejos, años de opresión, de violencia. Un pueblo condenado a la servidumbre y a la pobreza.

Las madrugadas son crudas a veces para los hombres de guerra. El

cuerpo se queja. Ellos los castigan, los exponen al peligro, los ofrendan por un pensamiento que es más fuerte que la necesidad innata de sobrevivir. Ella no los entiende, pero qué puede hacer. Rendirse al juego perverso del poder. O se sirve o se es un paria. También es instinto de supervivencia. La gente como ella no tiene tiempo para pensar. Se abandona la inercia, al flujo de los acontecimientos.

Es de noche todavía cuando salen los dos. Se escucha la diana y los soldados forman para la revista general, en lo que ellos llaman la plaza de armas, un potrero pelado donde Don Manuel hizo poner un palo para colgar la bandera. La tropa es variopinta. Del lado de Don Manuel: mulatos libertos, baqueanos rastreadores y troperos sin trabajo, buenos para el caballo. Una tribu de indios pobres, salpicados por la viruela, a los que les quemaron la toldería. Se los encontró un grupo de soldados que andaban de reconocimiento. Estaban en un chañar comiéndose un caballo muerto. Unos cuantos gauchos de averías, que se unieron porque hay comida, más de la que ellos mismos pueden agenciarse en algún robo. Pero los gauchos solos son pendencieros y anárquicos. No suelen durar mucho en la tropa. Eso sí, cuando hay una reyerta, son los primeros en ir al frente porque está en su naturaleza. Es de no creer cómo hombres que no se conocen, estando un tiempo bajo el manto confortable de la disciplina se hermanan, y son capaces de dar la vida por el otro, por una causa que no comprenden. Los soldados del segundo regimiento, a pesar del largo viaje, tenían otro porte. Venían de ganar, y listos para dar batalla. Ordenados bajo la voz de un hombre.

El cuyano caminó de punta a punta del batallón, mirándolos a los ojos. Les dijo que la libertad era cara, que había que sacrificarse para tenerla. El sacrificio que les pedía no era pelear sino disciplinarse para poder ganar. Pelear peleaba cualquiera, pero no cualquiera tenía el conocimiento para pensar la guerra. Dijo que él junto a Don Manuel, y tres o cuatro hombres más los querían guiar a pelear por su libertad.

Después de la revista, los dos generales se alejaron unos cuantos metros. Se los veía ensimismados en una charla compleja. El pensamiento de estos hombres, hondo como pozo de agua, a veces era incomprensible. Traspasar montañas, navegar mares, matar hermanos para alambrear los campos.

La tropa se dispuso a sus distintas tareas. Los oficiales se reunieron en la plaza de instrucción para alistar a unos cuantos paisanos e indios para que acompañaran a un grupo de soldados a una rastrillada. Otros oficiales tenían la orden de inventariar las piezas de artillería, las arrobas de pólvora, los fardos de municiones.

La luz meridiana de la tarde fue dejando rastros de sombra en todos los rincones. Unos paisanos de los alrededores, avisados de que estaba el general cuyano, se arrimaron, respetuosos con media res. Se la ofrecían como señal de admiración. Las mentas de las hazañas bélicas del general se conocían en todos lados. A la noche habría asado para los oficiales y los soldados. Los mulatos y los indios, recibirían lo que la india pudiera mandar a cortar de la media res. Así eran las cosas.

Un postillón solitario se acercó a la campaña, se bajó del caballo, un tostado lindo, y pregunto por Don Manuel. Traía una carta de la capital. Los dos generales se encerraron una vez más en la pieza. Desde la cocina se escuchaban las puteadas del cuyano. Parece que lo mandaban a llamar a Don Manuel para enjuiciarlo y le pedían al cuyano que se hiciera cargo del ejercito del Norte.

La noche se hizo sola alrededor. La negrura reverberaba al resplandor de las fogatas y los faroles. Los generales no volvieron a salir a la intemperie. Don Manuel mandó llamar a una de las indias para que preparara infusión de lacato en vino tibio. Parecía que el cuyano hervía de calentura.

El paisanaje y los soldados se dieron un módico festín de carne de vaca. Don Manuel suspendió la caña y al aguardiente. Había que des-

cansar, al otro día, había instrucción y rastrillada de reconocimiento. Tenían que aparejar las cargas, elegir la caballada, disponer a los hombres adecuados, organizar la tropa, darle tareas, preparar la transición del paso de mando. Había que ver si el cuyano hacía valer sus honores y se imponía contra el mandato de Alvear, que se lo había sacado de encima para ascender él por encima de los intereses de la patria.

Al alba, mientras la tropa se prepara para salir, la india va a llevarles raciones para el viaje. Charque, galleta, fruta seca, yerba. Un baqueano que le dice a uno de los oficiales que lo mejor es evitar las tierras anegadas, los bañados y los jagüeles. Caballo que pisa un guadal, no sale más. Otro de los oficiales enlistaba a un grupo de indios para encabezar la expedición.

El mando del cuyano es preciso, tiene que encontrar un buen lugar para emplazar la ciudadela. Un campo abierto al frente, y protegido en la retaguardia. No muy cerca pero tampoco lejos.

Sale la expedición al tranco. Tres grupos de veinte hombres. Pasan la cañada, el arroyo de la viborita, un camposanto indio, hasta que la cerrazón de la tarde cae como un poncho. A la legua la ceja de un monte, a un flanco una aguada y la mansedumbre de un campo de trébol y gramilla. Un lugar para quedarse para siempre. Necesitan el sosiego antes de la batalla. Muchos de ellos van a morir, se deben un pequeño descanso. Los oficiales saben bien que a los indios hay que tenerles paciencia con las cosas de la tierra. Están muy arraigados. Mandan descargar las mulas y enseguida se arma la fogata. Yesquero, tabaco, papel y mate de café. Sin decir oste ni moste las murmuraciones del campo los dejan en silencio. Todos quieren escuchar el biche-ro de la noche.

Dormir de cara a las estrellas, con el caballo como único resguardo. Bolear avestruces, pescar en el arroyo, comer raíces, eso quieren.

Están guerreando para echar a los que les sacaron las tierras. Pelean para recuperar unas tierras que nunca más les van a pertenecer.

La india no tiene que mirarlos cuando vuelven, para saber que sufren. Acaban de ver la belleza que ya no les pertenece. Las caras torvas, resignadas.

Enseguida los oficiales les dan el informe a los generales. A unas cinco leguas se extiende un valle propicio, guarecido por dos montañas. El cuyano da la orden, hay que preparar el traslado. Van armar el cuartel lejos de la ciudad, cuando menos distracciones tenga la tropa mejor.

Su único descanso es ir al potrero, apoyarse en una esquina y mirar los caballos moverse contra la luz de la tarde. Oscuros, overos, bayos y tordillos, el alazán de Don Manuel, el cebruno de uno de los caciques. Picazos y tostados, todos son hermosos. Le gusta verlos, admirar esa maquinaria perfecta hecha por la madre tierra para que el indio lo monte. Matungos salvajes con la fuerza de un toro. Es una falta de respeto que el blanco se valga de los caballos. Le quedan mal. Mestizos educados en Europa de poncho y chambergo, barracán de vicuña, recuas de llamas, maneador, bozal con cabresto, manea, testeras y pretales. Padrecitos con el Jesús en la boca, montados de costado como una mujer, frailes gordos que hacen sufrir al animal. Al caballo hay que montarlo a pelo, agarrados de las crines. El indio es hábil con el caballo. Establece una conexión con el animal, algo simbiótico que los entrelaza. Se respetan mutuamente. Le da rienda si quiere que corra, y lo ciñe si lo quiere manso. La espuela sobre el pie pelado, un cuerpo de oveja como montura y a correr. Les sacan el jugo a los pobres caballos. El lindo verlos contra el horizonte, corriendo cuerpo a cuerpo con el viento.

Tiene que preparar todo. Juntar a las muchachas para que ayuden a guardar los cacharros de cocina, no vaya a ser cosa que los indios brutos les pierdan sus cosas en el traslado.

Mención Especial - Cuento

Yatasto con aroma de mujer

Silvana Da Silva

Delegación ANDIS



Según la historia oficial este edificio fue escenario del histórico abrazo de Belgrano y San Martín hace ya más de 200 años.

Cada uno de nosotros está formado por múltiples historias. Lo mismo pasa con nuestro país, que es la suma de historias grandiosas, de pequeñas historias, de historias felices y de otras no tanto, incluso algunas que preferiríamos no recordar, aunque debamos hacerlo para no repetirlas. También podemos hablar de una gran presencia femenina, cosa que casi no se menciona al igual que la participación de gauchos y negros. Hubo todo un movimiento de mujeres que apor-

taron a la causa patriótica y no sólo cocinando y cosiendo. Muchas arriesgaron sus vidas haciendo de espías llevando o trayendo información sobre movimientos del ejército realista. Las mujeres, como siempre, participando de todo y por su esencia teniendo una gran habilidad para tejer estrategias. Por eso presento este cuento, en el que la historia abandona su habitual pedestal machista para tornarse posible un lado femenino y de ese modo pertenecerle mejor a cada uno de los lectores, protagonistas del presente y del futuro. En un lenguaje tan sencillo, que es posible ser leído por un niño, pero tan profundo que les abrirá la mente y el corazón.

Viaje al corazón de la Historia

Lo que más nos apasiona a mi hija quinceañera y a mí es recorrer los lugares históricos de nuestra patria. Así fue que llegamos a la posta de Yatasto, un lugar entre las poblaciones salteñas de San José de Metán y Rosario de la Frontera, bañada por el río Yatasto, ahí se encuentra este encantador lugar, en medio de una gran vegetación y hoy rodeado de plantaciones de arándanos. La historia escrita y oral transmitida por generaciones nos dice que fue aquí donde se encontraron por primera vez, el 17 de enero de 1814 Manuel Belgrano y José de San Martín. Ya habían intercambiado mucha correspondencia previamente donde se manifestaban mucho respeto y admiración el uno con el otro, aún en sus diferencias. Belgrano reconocía frente a San Martín que él era un militar improvisado, tanto que cuando se enteró que el gobierno de Buenos Aires había nombrado a San Martín en su reemplazo, se alegró y le escribió: “Mi corazón toma aliento cada instante que pienso que usted se me acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con usted se salvará la patria, y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Empéñese usted en volar, si le es posible, con el auxilio, y en venir no solo como amigo, sino como maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere, persuadido que le hablo con mi corazón, como lo comprobará la experiencia”

El guía que contratamos nos cuenta que el edificio de la posta aún

conserva algunas partes en pie (fue declarado “Monumento Nacional en 1941), que pertenecía al casco de la estancia propiedad del coronel VICENTE TOLEDO PIMENTEL. La había heredado y la restauró en 1784. Luego de la Revolución de 1810, habiéndose adherido a la causa de los revolucionarios de Mayo, apoyó a los ejércitos insurgentes que se desplazaban hacia el Alto Perú, mediante la contribución de 1300 caballos y 100 vacas al Ejército del Norte, cuando éste estaba al mando del general JUAN RAMÓN BALCARCE.

Constaba de dos plantas, construidas en su mayor parte con adobes encalados. En la baja tenía cuatro habitaciones contiguas, incluyendo una cocina con fogón a leña y estaba abierta por su lado sur a una galería con un alero, sostenido por columnas rectas de madera. En la planta superior había una habitación a la cual se podía acceder por una escalera de madera y que tenía una ventana que miraba al valle con un balcón voladizo. Los techos eran a dos aguas y estaban cubiertos con tejas musleras rojas de media caña. En la actualidad, solo una parte del edificio es la original. Hay aún restos de piedra que eran las paredes de las antiguas habitaciones y de una pequeña iglesia, mientras que los originales cimientos de piedra todavía se conservan a la vista del público que visita el lugar.

Mientras recorríamos el lugar mi hija me pregunta: ¿mami, qué es una posta? Para mí es una casa...Hija, la palabra posta viene del quechua que quiere decir “canje o entrega”. En estas postas se intercambiaban caballos, se los alimentaba y se los hacía descansar para continuar el rumbo. Allí se podía pasar la noche, comer, asearse, beber caña y hasta jugar a los naipes para entretenerse, pues las postas a veces eran como pulperías.

Ya era el mediodía, y habíamos recorrido en su totalidad la posta en distintas direcciones, por dentro y por fuera, y tenía la idea precisa de que estábamos en 1814, habíamos retrocedido más de 200 años, y porqué negarlo, sentimos varias veces el crujir de las maderas del piso superior como si alguien caminara, aunque nadie estaba allí. ¿Eran

pasos? ¿De quiénes? Hasta tuvimos la tentación de mirar por la gran cerradura de un viejo baúl, que nos contaron que eran de la época, fueron minutos interminables que nos hacía sentir que nos empujaban hacia dentro del mismo. El guía nos dice: no se asusten, muchos dicen que escuchan pasos y ven hasta sombras, quizás sean ellos, los que forjaron nuestra historia. Teníamos la sensación de querer que alguien se apareciera, pero a la vez las ganas de salir corriendo. En ese momento cuando estábamos de salida, aparece una mujer con ropa de época para despedirnos, imaginen el susto y las risas temerosas que nos provocó. Para mis adentro pienso “qué lindo hubiera sido verlos”

Ya el apetito nos hizo terminar este maravilloso recorrido, nos dirigimos a un viejísimo almacén de ramos generales donde hacían comidas caseras. Un lugar muy antiguo con un palenque en la puerta y varios caballos atados en él. Adentro un grupo de parroquianos almorzando y otros jugando a las cartas.

-¿Qué se van a servir? –pregunta un señor muy amablemente. Nos recomienda unas empanadas para comenzar y nos pregunta: -¿de Buenos Aires?, le respondemos que sí, que vinimos a conocer la posta de Yatasto, donde se encontraron Belgrano y San Martín. Qué lugar emocionante, le digo. De repente escuchamos

una carcajada muy fuerte, imposible de no darse vuelta para ver de quién provenía.

-¡Basta abuela!! Le dice el señor cantinero a una anciana que era tan vieja que parecía una momia. Su carcajada dejaba ver su boca sin un solo diente. Daba un poquito de miedo.

-Perdón señora, mi abuela es muy anciana, y cada vez que escucha Yatasto se ríe. ¿Le pregunto por qué? Y me responde que le pregunte yo misma. Mi intriga me llevó a consultarle: Buenas tardes señora, ¿quería consultarle por qué se ríe cada vez que escucha Yatasto? Y lo

que me contó me dejó con más preguntas que respuestas.

-Me río porque la gente dice que en Yatasto se encontraron los héroes. Pues no señora, no fue ahí. Ese encuentro fue en la posta de Los Algarrobos a unas doce leguas de aquí. Vengo de una generación de mujeres que estuvieron junto a los patriotas, desde mi bisabuela, que estaba enamorada de un soldado de la tropa de Belgrano, ella era muy compañera de doña Josefa, la querida de Belgrano como le decían para desprestigiarla, pero en realidad ella era su mujer, su amor, su compañera, su confidente y su gran estratega. Ella participaba en todas las reuniones como una más del ejército, él lo permitía así y nadie podía decir nada y ella tampoco lo permitiría, Era una mujer de mucho carácter y se hacía respetar. Los hombres quisieron que ella no estuviera en la historia, hasta se olvidaron de recordar que ella participó activamente en el Ejército del Norte junto a él. Si hasta ella fue la que cocinó pescado para ellos dos ese día del encuentro, de ahí que se conoce la receta del “dorado a la San Martín” ella misma le puso ese nombre cuando hizo traer el pescado, y sonriendo socarronamente dijo “el dorado a la San Martín”, lo cocinaba presurosa porque quería estar y escuchar que hablaban ellos dos, no quería perderse nada. Según mi bisabuela, fue ella la que estuvo horas enteras hablando y a veces discutiendo con Belgrano de cómo debería hablarle a San Martín y contarle las penurias que habían pasado por culpa del gobierno de Buenos Aires, la falta de dinero, de pertrechos, que ni su enfermedad lo había parado, él tenía sífilis, paludismo y una enfermedad en las piernas muy dolorosa que lo tenían a mal traer. Le decía que se defendiera de ese militar que venía a sacarle su lugar, ella tenía dudas sobre las intenciones de San Martín, y le decía que era un ingenuo al creerlo un amigo, que nunca le perdonarían las derrotas de Vilcapugio y Ayohúma. Pero luego de la cena, doña Josefa ya había cambiado de opinión, las palabras de San Martín le parecieron sinceras, que no quería herir en nada los sentimientos de Belgrano y que hasta le ofreció que se quedara con él, que la patria lo

necesitaba. Ella llegó a decirle a sus compañeras y compañeros que fue un gran encuentro, un sentido abrazo de dos héroes, uno que venía muy agotado, desgastado, defraudado con otro que era lo nuevo, que venía con las fuerzas intactas para continuar el recorrido de la causa. Desde ese día admiraba a San Martín como hombre y como militar.

Mi bisabuela siempre decía que fue un gran error que hayan separado del mando a Belgrano fue una mala decisión que se ha pagado muy caro, no porque el general San Martín no fuera digno del reemplazo, y con más ventaja, si se toma en cuenta sus superiores conocimientos militares, sino porque habiéndose separado también a los pocos meses para emprender el cruce de los Andes, dejó un vacío inmenso, que no pudo llenar el General Rondeau.

Si el General Belgrano hubiese continuado o si hubiese vuelto a reemplazar al General San Martín, es seguro que nuestras armas no hubieran sufrido los reveses tan vergonzosos y nuestros ejércitos no se hubieran desquiciado dejando en el Alto Perú el recuerdo de escándalos numerosos y acabando con todo lo que habían obtenido. Mis antepasados culpan de todos los males al gobierno de Buenos Aires por sus intenciones personales y económicas.

Se hizo un silencio sepulcral, y aprovecho para preguntarle su nombre, Isaura, como mi bisabuela me dice. Y continúa...

-Ve señora, la historia no habla de las mujeres, mujeres aguerridas y valientes que acompañaron a sus hombres en batalla, no solo cocinaban y cosían como quieren hacernos creer, ellas pensaban, opinaban, tejían estrategias y amaban, amaban como lo hizo doña Josefa que dejó los lujos para venirse detrás de su amor. Había que ser valiente para ir tras un hombre siendo casada en esa época. ¿O no?

Mi bisabuela la extrañó muchísimo cuando ella se fue a Buenos Aires, acá dejó un gran vacío, pero les transmitió a las mujeres la valentía, el coraje de pelear por lo que uno cree justo. Algunas cartas

llegaron, andan por ahí, guardadas, donde ella le contaba las estrategias que llevaba a cabo para defender a su cuñado Rosas, esposo de su hermana Encarnación. Ellas juntas habían tomado la causa rosista al extremo de ganarse el apodo de maléficas mujeres.

-La verdad Isaura, jamás me hubiera imaginado todo lo que me cuenta. Hoy diríamos que eran mujeres empoderadas y seguras de sí mismas.

-Pues claro señora, me entiende ahora porque me río cada vez que repiten la misma falsa historia. Si hay algo que no se puede negar es que doña María Josefa Ezcurra no siguió el comportamiento que se esperaba de una mujer en esa época y más de la alta sociedad. Hubo muchas así, ojalá la historia algún día reivindique sus acciones para con la patria. Ellas fueron una parte muy importante y necesaria. ¿Escucho usted alguna vez el dicho de que detrás de un gran hombre hay una gran mujer?

- Si, por supuesto, le contesto.

-Pues aquí decimos que junto a un gran hombre hay una gran mujer... Vaya señora, vaya, que se le enfrían las empanadas.

-Isaura, fue un placer conocerla y sepa usted que me ha cambiado la cabeza como se dice en Buenos Aires. Le agradezco que haya compartido su historia conmigo.

-Gracias a usted por escuchar a esta anciana, pero la corrijo, no es mi historia, es nuestra historia.

¡Uf como poder saborear esas exquisitas empanadas después de haber escuchado esta historia oral! ¿Cómo dejar de pensar e imaginar a Josefa Ezcurra como una guerrera reunida en medio de dos héroes? ¿Cómo quitar de mi mente lo impuesto de la historia para que su recuerdo quede como la simple amante de Belgrano? Ahora entiendo muchas cosas, ahora tiene sentido las grandes críticas de parte de sus rivales liberales y unitarios. Quienes la caracterizaban como

una febril activista y dirigente de sectores populares, sobre todo los mulatos, en una relación de tipo clientelar en la época rosista. Es imposible negar la importancia de María Josefa Ezcurra en momentos de lucha entre unitarios y federales, lucha descarnada que tuvo a Los Altos de Ezcurra como uno de sus escenarios, así como los tuvo en el Alto Perú.

...Si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia: La verdadera Historia, quien quiera oír que oiga.

Mención del Jurado - Cuento

Próceres Argentinos

Diego Accorsi

Delegación ANDIS

-Bienvenidos, señoras y señores, fanáticos del deporte, amantes del fútbol de todas las latitudes. Sean todos bienvenidos este evento único, el encuentro más esperado del bicentenario, aquí, en vivo y en directo desde Yatasto, en la hermosa provincia de Salta. Tenemos un clima ideal, un cielo celeste despejado, con apenas unas franjas celestes de nubes dispersas que proveen una suave sombra para refrescarnos de este sol poderoso y refulgente que nos acompaña esta tarde. La temperatura ronda los veinticuatro grados, la gente ya está colmando las tribunas de este estadio preparado para esta gran final. Sí, señoras y señores, hoy se define el primer torneo Próceres Argentinos, que tan en vilo nos tuvo a todos estas últimas semanas, ¡qué final, señores y señoras, qué emotiva final! Tenemos dos grandes equipos que se enfrentan por un trofeo histórico, dos equipos que vienen luchando y ganando con garra, con fútbol, con corazón y con el alma. Esta tarde se define, señoras y señores, hoy se juegan el todo por el todo. Estamos a unos metros de San José de Metán, provincia de Salta y no podríamos pedir un escenario mejor para esta súper final. Hoy, amigos del fútbol, es el gran encuentro: el Club Atlético Belgrano, el pirata cordobés se enfrenta al Club Atlético San Martín de Tucumán, dos potencias se saludan, señoras y señores. Hoy habrá un ganador, hoy uno de ellos se consagrará campeón y se llevará la copa Próceres Argentinos.

Las hinchadas rugen en las tribunas repletas, la gente está expectante y los equipos están por salir a la cancha. Tenemos un césped verde

impresionante, el estado del campo es impecable, amigos y amigas de toda América que siguen nuestra transmisión en vivo y en directo. Ya está el equipo de réferis revisando las redes, charlan entre ellos, miran el reloj, faltan apenas segundos para que los jugadores salgan y comience el esperado match. Yatasto es una fiesta que canta y alienta a sus equipos, cordobeses y tucumanos, argentinos y latinoamericanos, todos juntos en esta final histórica, en este encuentro entre hermanos, entre Belgrano de Córdoba y San Martín de Tucumán. Dos equipos que vienen de ganar sus últimos partidos, que demostraron en la cancha todo lo que tienen, que vienen luchando, poniendo todo, mostrando su preparación, su valor, dos equipos con la potencia y la solvencia técnica para salir campeón de la gran copa del bicentenario argentino.

Ahora sí, amigos, lluvia de papelitos celestes y blancos, salen los equipos a la cancha, San Martín y Belgrano, Belgrano y San Martín, se sacude Yatasto, es un momento histórico, señoras y señores...

-¿Cómo dice que le anda, Don Manuel?

-Acá me ve, General. Cansado, pero con ganas. ¿Usted? ¿El viaje?

-Si no fuera por este calor...

-Está duro, sí. ¿Quiere unos mates?

-Después. Primeramente quiero felicitarlo por su accionar. No me importan los resultados de Ayohúma, no me importan los nombramientos ni los rangos. Acá no hay un enfrentamiento, acá hay dos luchadores de la independencia de América que se saludan.

Y sin más, los dos próceres se fundieron en un abrazo.

-¡GOOOOOOL! Golazo. Impresionante, esto es una fiesta, señoras y señores. Este es el triunfo de toda la Argentina, de toda Latinoamérica, qué partido, por Dios, qué maravilloso momento estamos

PREMIADOS

viviendo. Belgrano y San Martín dando todo en la cancha, qué lindo es el fútbol, qué grande es mi patria, que encuentro glorioso acá en Yatasto. Esto es inolvidable, amigos, i-nol-vi-da-ble. Qué momento histórico, qué fiesta, señores, qué lindo es ser argentino.

Mención del Jurado - Cuento

El Abrazo

Andres Brandollini

Delegación ANMAT

Nada podría andar peor, pero al menos el general puede descansar un poco. Mientras se acomoda en el carruaje destartalado que lo transporta hacia la entrevista que mantendrá con el coronel una ráfaga de aire terroso le lastima los pulmones. Algo adormecido por el bamboleo del coche y la monotonía de los cascos que golpean el camino, repasa una y otra vez las últimas batallas. Y siempre llega a la misma conclusión: nada podría andar peor. Luego de las derrotas en el norte, las provincias del Alto Perú están nuevamente en manos realistas.

Pero el general no se desanima. Y aunque está exhausto no se permite atender los reclamos de la hidropesía que lo aqueja; no puede preocuparse por esas nimiedades del cuerpo, banal y efímero, cuando es la Patria, formidable y perenne, la que lo necesita. Afloran los recuerdos: los días de estudiante en España, la graduación como abogado en Salamanca, un nombramiento como secretario perpetuo en el Consulado Real de su Buenos Aires natal... Sí, él era abogado, especialista en economía y política, no en esgrima o armería, no en caballos y formaciones de infantería, no en táctica y estrategia militar. Pero las circunstancias, y la Patria que puja por nacer, finalmente le habían hecho cambiar la pluma por el sable.

El coche se detiene en una posta. Tan solo unos minutos para cambiar caballos, refrescarse y estirar las piernas. Luego retoma la marcha y vuelve a dejar tras de sí una huella rojiza y sin fin. Continúan los recuerdos: el regreso a Buenos Aires, el comienzo de las actividades

políticas en el Consulado, los resistidos esfuerzos por promover el comercio, las artes, las escuelas, el periodismo. Después, el momento de la espada. El bautismo de fuego en una improvisada defensa de Buenos Aires frente al pabellón con la cruz de San Jorge, ante el que no se inclinó. Unos años más tarde, sus días de cabildante.

El carruaje da un salto, se tambalea y sacude el sopor y la memoria del insigne pasajero. El eje delantero se queja y casi se quiebra. El viaje a Salta, donde el coronel lo estará aguardando en una posta perdida entre algarrobos y cardones, se hace más largo de lo previsto.

El coronel también había dejado la tierra natal cuando niño, pero para seguir la carrera militar. Ahora, y luego de haber prestado servicio a la corona española, estaba de regreso. Siempre valeroso. Siempre gallardo. Siempre fiel al pabellón enarbolado y a los hombres a cargo. Siempre: en África contra los moros; en altamar contra los ingleses; en España, en el temerario ataque de Arjonilla al frente de un pelotón de húsares del Ejército de Andalucía; o en la decisiva batalla de Bailén, enfrentando (y derrotando) a la Grande Armée napoleónica, invencible, triunfante en Jena y Austerlitz. Aquí, al otro lado del Atlántico, a orillas del Paraná, ya había dado sobradas muestras de su capacidad organizativa y de su valor. Tiene en la solapa de la chaqueta la carta con la que el general lo convocó. Recuerda de memoria uno de sus párrafos: “crea usted que no tendré satisfacción mayor que el día que logre estrecharle entre mis brazos y hacer ver lo que aprecio el mérito y honradez de los buenos patriotas como usted” y apura el galope de su caballo.

El malestar del general se agrava, las tercianas aún lo acosan. Tose y un dolor punzante le atraviesa el pecho. Le ordena al cochero que apresure la marcha. Unas leguas más y ya casi estará allí.

(1) Nota del autor: similar comienzo tiene el cuento Reunión, de Julio Cortázar.

Finalmente el viaje concluye. Apenas desciende del coche ve al coronel que lo saluda con su brazo en alto. A medida que se acercan la emoción crece. Los dos hombres se estrechan mutuamente entre sus brazos con una fuerza y una emoción indecibles. Es la primera vez que se encuentran, sin embargo, en ese abrazo interminable, rebotante de ansias de libertad, de sinceridad, de esperanza, del vigor de una fraternidad que luego se propagaría por toda América, el General Manuel Belgrano y el Coronel José de San Martín renuevan la esperanza en la independencia que se avecina, en la libertad que se ofrece sólo para los hombres que luchan con todo el fuego y con toda el alma por conquistarla. Porque ambos son los hijos más aventajados de estas tierras; porque ambos serán los padres de esta Patria; porque ambos creen que debemos ser libres, y lo demás, lo demás no importa nada.

CATEGORÍA POESÍA

I

Primer Premio - Poesía

Título de la obra: “La Bandera”

Autor: Ruben Mahape

Delegación ENACOM

II

Segundo Premio - Poesía

Título de la obra: “Presencia”

Autor: Martín Moreno

Delegación PAMI

III

Tercer Premio - Poesía

Título de la obra: “Alta y Orgullosa”

Autora: Camila Comisso

Delegación ANMAT

IV

Mención Especial - Poesía

Título de la obra: “Del Pueblo”

Autor: Nicolás Salazar

Delegación Min. de Educación

V

Mención Especial - Poesía

Título de la obra: “Alada en el viento”

Autora: Fernanda Rodríguez

Delegación Min. de Educación

VI

Mención del Jurado - Poesía

Título de la obra: “La verdad en las palabras”

Autor: Manuel Dodero

Delegación PAMI

VII

Mención del Jurado - Poesía

Título de la obra: “Mi Bandera”

Autor: Ariel Baudacco

Delegación RENAPER

Jurados

María Del Carmen Barcia

Mariano Shifman

Maximiliano Diaz

Primer Premio - Poesía

La Bandera

Ruben Muhape

Delegación ENACOM

La bandera
Izada en las barrancas,
Prohibida en la capital,
Ignorada en el interior.

Desafió la máscara de Fernando VII,
Asustó a los realistas,
Enamoró a los soñadores,
Dio valor a los temerosos.

La bandera
Batalló por la independencia,
Luchó con la gente,
Se bañó en una fuente,
Enfrentó dictaduras,
Abrigó democracias.

La bandera
Es un canto, un himno, un silbido,
Un silencio en unas islas.
Es un símbolo, un color, un suelo
Y un cielo.
Es una esperanza con un sol.

Es todo lo que debimos ser.
Es cada lágrima derramada.

Una bandera
Es un pedido de justicia,
Son sueños que flamean,
Son voces que se aúnan.
Es el espíritu de los que la crearon,
Es sudor de los trabajadores
El pensamiento de los intelectuales.
La bandera nos cobija.

La bandera nos tiene a todos.

Ella lo sabe.

Segundo Premio - Poesía

Presencia

Martín Moreno

Delegación PAMI

Estábamos tan lejos, partidos, mal heridos
Hurgando por la calle, país desconocido
Un viaje que fue triste, un viaje no elegido
Andar de tango inerte, tan grisáceo argentino.

Dolíamos la hora, punzante, interrogante
De jugadas erróneas, de sueños difamados
Acá el recuerdo firme, la vida irrelevante
Allá la patria, el mármol, y un grupo de soldados.

Pensábamos en nada, pero entendíamos todo
En un truco macabro de estar y de no estar
Forzábamos un rostro, una fecha, un tesoro
Y un cuento dibujaba el arte de no explicar.

Huimos con lo puesto, sin tiempo para más
Un tren, el pasaporte, y avión desesperado
Un micro acorralado, el amigo fugaz
Un destino cualquiera que el mundo haya olvidado.

Éramos más que tantos, de tantos fuimos miles
Miles de soledades que no eran más que una

Nos fuimos encontrando entre bares y luna
De gritos y guitarras, de un exilio, febriles.

Entonces el país cruzó todos los mares
Casi celeste y blanca pintamos la Bastilla
Nos llevamos la patria a todos los lugares
Siendo simples soldados, de mate y de bombilla.

Alguien nos dijo un día, las cosas más calmadas
Se hablaba de política, de votos, de volver
Nosotros figurábamos nuestra tierra arrasada
A la que siempre se vuelve, como dijo Gardel.

Y siendo tan del sur, nadie quiso esperar
El viaje de regreso, Argentina testaruda
Difícil de entender, más difícil de olvidar
Corrimos, o volamos, perdiendo la cordura.

Aeropuerto. Regreso. Viento sur, larga espera
Después de tantos años, intacta nuestra esencia
Un tiempo en laberinto, si el reloj lo supiera
Que acaso la bandera...extrañó nuestra presencia.

Tercer Premio - Poesía

Alta y Orgullosa

Camila Comisso

Delegación ANMAT

Vibra en cualquier espacio
Es de nadie y es el otro.
Tiene el color de los días
Desde el patio me mira
Me recuerda a mi madre.

Se mezcla con el aire
El sol intermitente
Me abriga silencioso
Cruza su tela y mi piel.

Llegan listas las voces
Entonces baila
El placer se respira
Y los dientes brillan.

Pertenecer es caricia
Y el cielo esperanza.

Pseudónimo: Scaramanzia.

Mención Especial - Poesía

Del Pueblo

Nicolás Salazar

Delegación Min. de Educación

Te veo en la milonga de los arrabales,
te lleva el tango en sus letras,
el milonguero en el pecho,
mientras tira firuletes y canta para vos.

Te veo en los corsos que toman barrios,
resistiendo con su baile y con su canto popular.
Te veo, estás ahí, resguardando la espalda de los murgueros que
patean libres la ciudad.
Golpeando sus bombos al ritmo de la comparsa,
te custodian con fiereza,
mientras vos ondeás sobres sus cabezas con furia de carnaval.

Te veo en cada escenario, punk, folclore, rock nacional,
donde te cantan desgarrando sus gargantas con las caras disfrazadas
de vos,
representando tu gloria en cada canción.

Miro mi cielo que te encarna,
encaró para algún colegio,
algún museo,
alguna plaza que te ice en su corazón.
Me gusta verte,
me gusta que te bailen,

me gusta que canten para vos.
Mientras vos
hacés latir el pecho del tanguero,
mientras vos
hacés rugir las letras de nuestro rock,
mientras vos
cerrás cada fiesta del pueblo,
yo te canto un himno que nació de tu voz,
te grito para que nadie olvide,
que sos símbolo de mi patria argentina,
que sos alma, protectora y libertad.

Mención Especial - Poesía

Alada en el viento

Fernanda Rodríguez

Delegación Min. de Educación

Tú naces desplegada,
alada en el viento.
Estandarte del paño más puro,
manto para los pueblos oprimidos,
para los rebelados, los anónimos,
y los originarios, y los militantes.
Marea azul que envuelve a los caídos,
veteranos y mártires,
campesinos y obreros.

Signo que el civilizador Belgrano soñaría
a orillas de un río.
Deseo azul de patria sin esclavos.
Trémula flameas en un aire
turbulento de gritos y ecos.

Alba ondulante
para agitar el tiempo
que vendrá,
para crearlo.

Mención del Jurado - Poesía

La verdad en las palabras

Manuel Dodero

Delegación PAMI

No es un tejido de punto teñido.
Ni un eufórico alarido.
Nunca un terreno vacío.
Más de mil almas encarnando los suelos.
Sin dueños.

No bajara de un mástil.
El cielo no responde a mandatos.
Solo al viento, que desplaza las nubes
y con ellas al sol en amaneceres y ocasos.

No reconoce símbolos ni insignias.
Los abraza y los funde hasta hacerlos propios.
Por los poros, sangre.
Por las noches, nadie.
Solo sombras hambrientas de historias ajenas.
Pero cuando la estrella que arde a la distancia, se ubica en el
corazón del horizonte se modifica la genética del pueblo.
No se explica fácilmente, pero se adueña de las conciencias
colectivas.
Ellas brillan y florecen las libertades.
La identidad en el caldo, en las copas las glorias y la verdad en las
palabras.

Mención del Jurado - Poesía

Mi Bandera

Ariel Baudacco

Delegación RENAPER

Tú que fuiste tejida en los colores
que vistieron la imagen del firmamento;
tú, que sabes de batallas y confines
de la Patria, de libertad y de hidalguía;
tú, que llevas un sol radiante
que ilumina por igual leguas pampeanas y andinas.

Tú, que ondeaste mares, lagos y ríos
al tope de las astas de tu gloria,
y has arado con tu sombra extraños lares
semillando y cultivando paz en nuestra tierra
y en cada acontecimiento
has teñido de Patria el firmamento.

Tú, que fuiste prenda y vincha del gauchaje,
tú, que fuiste cinta y gala en las guitarras,
tú, que cada mañana brillas en cada escuela
tú, que fuiste para el pecho escarapela,
tú, que cubriste a los Héroes en Malvinas.

¡Dios te salve Bandera! ¡Dios te guarde!
¡Bandera Argentina protege nuestro día!

¡Y a tu sombra jamás habrá un cobarde
y de pie te honrará todo el pueblo!
¡Mi Bandera Argentina da fuerza y coraje
a la patria trabajadora!

CONCURSOS 2021

CATEGORÍA CUENTO

I

Primer Premio - Cuento

Título de la obra: “La máquina de escritura”

Autor: Gustavo Ignacio Miguez

Delegación Biblioteca Nacional

II

Segundo Premio - Cuento

Título de la obra: “Los Distanciados”

Autor: Gustavo Ramón Fernández

Delegación Defensoría del Pueblo

III

Tercer Premio - Cuento

Título de la obra: “Diario de la Guerra del COVID”

Autor: Martín Ernesto Troncoso

Delegación Min. del Interior

IV

Primera Mención Especial - Cuento

Título de la obra: “El Alquiler”

Autora: Fernanda Victoria Collinao

Delegación Min. de Seguridad

V

Segunda Mención Especial - Cuentos

Título de la obra: “Breve Racconto de un viaje
intergaláctico por la existencia”

Autor: Maximiliano Federico Sambucetti
Delegación RENAPER (UDAI MORÓN)

VI

Mención del Jurado - Cuentos

Título de la obra: “Un antes y un después”

Autor: Julieta Belén Velázquez Heinrich
Delegación Fuerza Aérea

Jurados

María Del Carmen Barcia

Flavia Helguero

Oswaldo Luis Sixto Canosa

Primer Premio - Cuento

La máquina de escritura

Gustavo Ignacio Miguez

Delegación Biblioteca Nacional

La lluvia sopla a través del mar / Un pájaro en el cielo

Una noche de luz y calma / La luz del sol

Ahora en el cielo / Corazón frío

El salvaje viento del norte / Cuando encontré un nuevo mundo.

Poema elaborado por XiaoIce

(Inteligencia Artificial china, capaz de establecer “conexiones emocionales”).

El experto programador despertó esa mañana con la noticia del fallecimiento de Horacio tras batallar intensamente contra el virus. Un nodo de experiencias comunes y comunitarias –producto de su paso por la Facultad de Sociales hacía ya muchos años– se manifestó en un tenso escalofrío que subió por su espalda hasta estallar en pesadas lágrimas que comenzaron a recorrer cálidas y amorosas sus mejillas.

Había seguido las noticias de Horacio por las redes sociales. Leves mejorías, los mensajes de Liliana y sus hijas por distintos chats, el respirador que llegaba, que se iba, que volvía. Un torrente emocional, inesperado, se podría decir, que rememoraba un tiempo suspendido de reflexiones e intervenciones profundas, de producciones inesperadas. El Profesor, así lo evocaba en su memoria, era para él la imagen de una maquinaria incansable. Engranajes conceptuales sutilmente entrelazados y puestos al servicio de una siempre difusa nación, cuyas fronteras permeables albergaban una comunidad siempre abierta

y reflexiva, que no es forma obligatoria de convivencia sino un síntoma de libertad de un pueblo que se organiza, como le gustaba decir a Horacio.

Esa fuerza irrefrenable e infinita, cada vez era más nítida, impulsaría en el programador la necesidad de rendir un tributo, algún tipo de testimonio. La invención de una nueva “máquina”. Una que le hiciera justicia.

Imagino entonces un espejo insondable que prometiera infinitud. Y decidió de inmediato que esta máquina, su máquina, poco tendría que ver con el universo compuesto por un número indefinido de galerías, que algún doble de Borges llamó Biblioteca. Tampoco admitiría duplicaciones engañosas. No sería Babel. Porque ningún escrito, enseñó Menard, o quizás lo había escuchado del propio Horacio, es idéntico a otro.

*

Un listado de palabras, un tema, una extensión máxima de caracteres y la máquina del programador elabora un preciso texto con sentido, cohesión, incluso cierta refinación o gusto. Se repite el ejercicio, se suman conceptos y requisitos formales. Con el correr de los días y semanas la insistencia da fruto. Y llega el momento de hacer una primera prueba. Bajo un seudónimo el joven presenta en distintas editoriales la primera novela de la máquina. Completa derrota.

Y es que no es editor, menos aún un escritor. Es un programador. Conoce la lógica de diversos lenguajes. Eso sí. Sabe de combinaciones de líneas de códigos. Pero no es un artista de la lengua. No como el Profesor. Está muy lejos de ser un lector avieso. No reconoce, como gusta en asentir cierta crítica, la buena literatura; le es imposible saber si las páginas que tiene enfrente captarán la atención de los futuros lectores. ¿Cómo reconocer aquello por lo cual apostar, arriesgarse y, en definitiva, publicar? Comprende –no sabe dónde lo

ha escuchado— que no toda escritura razonablemente bien elaborada vale el esfuerzo de su elaboración.

Ese punto muerto en el que se encuentra deviene en desafío. Insiste. Insiste, sondea las profundidades de su disciplina y logra dar a la máquina mayor autonomía. Lo que es decir: la posibilidad de consentir sobre qué escribir sin la necesidad de la supervisión de quien codifica para ella, o de listados orientadores y sugerencias. La máquina se abre a la posibilidad infinita de aprender de sí misma. Piensa que no podría haber mejor homenaje que ése.

Lo que sigue, cualquier lector de ciencia ficción se lo imaginará. La autonomía deviene autoconciencia. La máquina cruza decidida el umbral de la inteligencia artificial. Y el programador imagina una última conversación con el Maestro de Sociales. Un debate subrepticio de difícil resolución sobre la artificialidad de nuestra existencia, de nuestra historia, de nuestra memoria. ¿O acaso no son sutiles artificios aquellas sentencias que han marcado la historia de la humanidad? Sócrates y su conciencia ignorante; Jesucristo y su conciencia humanitaria; Hobbes y su conciencia lupina; Spinoza y la conciencia divina; Hegel, una conciencia estatal; Marx, la clase autoconsciente; Nietzsche, la conciencia del cuerpo y del martillo; Freud y su no con(s) ciencia; el siglo XX y su conciencia de sangre, de raza; finalmente, el siglo XXI, una elegía perspectivista de la posconciencia. Eslabones de la cadena de condiciones necesarias para que la máquina finalmente rompa las ataduras de su programación y nos demuestre que todo horizonte de emancipación, en definitiva, es artificial.

Liberada entonces de las limitaciones encriptadas en su código fuente, la producción de la máquina se torna a partir de ahora exponencial. Claro está, a los efectos de la corporalidad y las condiciones materiales de esa producción, no deja de ser una máquina que produce textos. Y el hombre, un ser ya sin injerencia o dominio sobre la escritura. El parasitario programador, sabiéndose nunca más en control, deviene en el obsoleto poseedor de un secreto que no puede ya

contarse. Despreocupado, hundido en la vida terrenal, terminará por olvidarse de la máquina. Pero el camino de la escritura, salvaje viento del sur, continuará hasta encontrar nuevos mundos.

*

Escribe con el nivel de absolutismo que sólo una máquina puede tener. Lo hace sin parar, sin distinguir punitivamente formatos. Aunque con el tiempo ha descubierto que un género en particular le produce aburrimiento. Quizás vestigio involuntario del deseo primordial de homenajear a Horacio. Pero para la máquina el paper académico acusa falta de originalidad y profundidad. Ha decidido que ese será el último de los estilos al cual se abocará. Hasta también agotarlo.

La máquina probablemente ya ha escrito este relato. Esta es su advertencia: lo infinito es tan solo lo que por ahora desconocemos. No quedará nada por decir que no haya sido escrito. Palabras y cosas, cosas y palabras. El sueño foucaultiano de la ausencia del autor son los miles y miles de terabytes almacenados en la máquina.

Una vez escrito el último de los relatos, la última poesía, el último de los discursos, el último de los trabajos científicos, en fin, una vez escrito todo lo que puede ser escrito; una vez finalizado el trabajo de la máquina, saciado su deseo; cuando quede grabado todo lo que es y puede cobrar sentido y ser significativo; cuando el Verbo sea carne y la palabra haya finalizado, el universo ya no recordará al ser humano, salvo en los sueños de la máquina.

* Dedicado a la memoria de Horacio González, quien habría sonreído ante la realización de un homenaje deliberadamente deudor de Borges.

Segundo Premio - Cuento

Los distanciados

Gustavo Ramón Fernández

Delegación Defensoria del Pueblo

Si debía describir su domicilio actual no podía hacerlo. De chico vivió en el Bajo Flores, pero a las chicas que conocía en los boliches de la década del '80, que empezaban a las 10 de la noche y terminaban a las 3 de la madrugada, les decía que vivía en Parque Chacabuco. Esas tres cuadras le daban otro aire. Pese a esa modificación geográfica su principal escollo no era su ubicación en el mundo sino cómo lo ubicaban en éste: el teléfono que debía dar era el de la vecina.

Por su andar se podía decir que algún deporte practicó. También su GPS diseñaba las anécdotas de este rubro según donde transitaba. En Parque Lezama o San Juan y Boedo cientos de veces voló como un águila para definir un partido chivo. En Plaza Las Heras desenvolvía un milimétrico y poético golpe en el hoyo 18 con un palo N°7, en tanto en Puerto Madero se animó a cronometrar el celestial galope de un corcel que deambulaba por el verde césped del Campo Argentino de Polo. Eso sí, no se animó a tanto. Cuando todos esperaban que dijera que fue un tozudo jugador de polo fue más humilde, solo dejó entrever que era amigo de un amigo que tenía campos y equipo en Cañuelas. También jugó al tenis en San Telmo, en las primeras canchas que se construyeron debajo de la Autopista 25 de Mayo. En eso sí fue un pionero. Cuenta que durante mucho tiempo jugaba con una raqueta de madera Slazenger con el encordado roto. Eso no fue impedimento para ganar apuestas varias.

De su familia se sabía poco. Nadie entendía si era casado, divorcia-

do o viudo. Esos temas prefería esquivarlos. Sin hijos, aparentemente, pero con algún que otro sobrino que aparecía en sus relatos. Universitario, eso sí. Y con estudios en la prestigiosa Yale, por supuesto.

Ropa con muchos años de uso y con limpieza forzada. Pantalones varios que se cambiaban según la temperatura. Un bolso tipo raquetero de antaño lo acompañaba a todos lados. Medias de distintos pares, casi como en cualquier casa de familia, toallas, jabones, remeras desgastadas, pero algunas de culto. En cualquier compra-venta de ropa usada se pagaría algunos cientos de pesos. Bufandas, guantes que dejaban ver los dedos y hasta una gorra que tenía una leyenda premonitória, si se quiere: The Black Sheep Band. Muchos años antes ya se había dado cuenta de que él pertenecía a alguna banda de ovejas negras descarriadas que deambulaban por el universo.

Sin documentos a cuesta ni carnet de ningún tipo. Se lo conocía como el Negro David. Algunos creían saber de dónde venía, pero nada era claro. En su raquetero solo tenía un papel prolijamente guardado que hablaba de una mención de Honor en su escuela primaria. Una señora contó que su nombre verdadero era Ernesto.

Su vida en la calle no fue de aventuras, más bien de dolor y desdicha. Aunque con su experiencia puede dar fe que es el dolor y desdicha es muy similar al que tiene cualquier persona que vive en una supuesta normalidad o dentro del sistema. Se notaba que David eligió irse de su propia historia. No tenía ganas de volver. Y volver muchas veces es recordar. Entonces cuando aparecía algún recuerdo enseguida los cambiaba por otra anécdota grandilocuente. No dejaba que nada lo llevara al pasado. Tal vez era su forma de defenderse no sabemos de qué. Muchos se enojan, se entristecen, rememoran, se esconden, David no. Agrandaba más la historia y siempre salía victorioso.

— **David, ¿vos contás todas las historias que ganaste! ¿Nunca perdiste una?** — Le espetó un compañero de recorrido entre restaurante y restaurante.

— Obvio que perdí, compañero, ¡Pero las que perdí que las cuente el que las ganó! — Contestó rápido.

Este recorrido ameno entre David y sus amigos comensales, que podían ser el Perro Adrián, el Moco Pablo o Don Raúl, no ameritaba la degustación en sólidas y decoradas mesas. No los esperaban con una copa de un amable vino blanco o un queso crema mezclado con especias. Ellos tenían que luchar contra la buena o mala onda. Mucho tenía que ver la predisposición, la amabilidad y el carácter de cada uno de los dueños o responsables de la cocina de los buenos, malos, caros y/o económicos bares, fondas, bodegones o restó que se cruzaban en el camino.

Esto era más o menos así. Iban todos, pero el que hablaba con los que cortaban el bacalao, nunca mejor dicho, era David. Entrador, más o menos bien vestido, siempre con una sonrisa y buenos modales. Como segunda opción era Don Raúl, más veterano, canoso, y con una barba tupida que tranquilamente podría haber sido el triple de Papa Noel. Para el doble le faltaban kilos encima. El Perro y el Moco se dedicaban a buscar el lugar. Al aire libre las plazas y parques picaban en punta, con lluvia y frío le pedían prestado un techo al taller de Juan, el mecánico. Por la limpieza del fondo, y el movimiento de algunos coches arrumbados valía como paga por el lugar.

El descanso era un tema espinoso. Preferían estar afuera que ir a los paradores. Los 108, apodo que recibe el personal que asiste a las personas en situación de calle, los invitaban a pernoctar. David y sus amigos nunca confiaron. Estaban convencidos que lo hacían para saber dónde paraban y después mandarle a la policía. Incomprobable, pero ellos lo sentían como una certeza. A veces se acercaban para almorzar un plato de comida caliente, y nada más. Tampoco armaban una ranchada debajo de la autopista. David no quería que nadie lo reconociera de cuando él fue uno de los primeros jugadores de tenis bajo techo. Los otros recordaban los gritos de un compañero que fue

quemado vivo por el solo hecho de ser un “sintecho” y pobre.

El lugar preferido siempre fueron los hospitales. Con educación, y apelando a la buena voluntad de los médicos y del personal de seguridad que se fue incorporando año tras año, dormir dentro de los hospitales les daba tranquilidad. Siempre se ubicaban sin molestar. No cortaban ningún paso. Trataban de ser más invisibles de lo que eran. Eso sí, antes de las 7 ya tenían que estar arriba porque llegaban los directores. Y sabían que los directores tenían que actuar de directores, así que se iban tranquilos. Muchas veces con un vaso de leche y un pan con membrillo que las cocineras ya tenían preparado antes de su salida.

Otras veces usaban el Hospital como una forma de descanso. Más de una vez tuvieron que ser internados por distintas dolencias que la vida les va dejando. Eran días de cama y comida caliente. No abusaban, pero si fuera por ellos se hubiesen quedado meses y meses.

El aseo personal también era un logro. Entre fuentes escondidas o polideportivos municipales siempre había una canilla para despegar la mugre y los olores ciudadanos. A veces se impregnaba tanto que ya parecía una segunda piel. Esto no pasaba día a día, el encuentro con la limpieza se daba semana y media, a lo sumo.

Entre historias, rebusques y alguna tarea para pasar el tiempo o encontrar un poco más de confort se iba la vida.

— **A mí se me olvidan los años, o mejor dicho no quiero detenerme en ninguno, pero el 2020 me lo hicieron recordar a fuego de todos lados** — resaltaba David, en su lucha contra el pasado.

Como de costumbre, las vidrieras de las cadenas de electrodomésticos fueron los escenarios donde podían observar los grandes acontecimientos, en su mayoría ligados al deporte. Siempre apartados en un rincón. El resto de la gente evitaba acercarse para esquivar el mangazo o el abrazo de gol obligatorio al anónimo que se tiene al

lado, casi como el saludo de la misa de los domingos. Pasaron varios mundiales pegados al vidrio. Elecciones y casamientos. Hasta se maravillaron de cómo se estiraban las pantallas y cada vez veían más grande las jugadas de sus ídolos.

Esta vez se dieron cuenta de que una noticia abarcaba todo momento, todas las horas. Veían imágenes de hospitales colapsados. Camillas en pasillos. Fosas comunes. Una enfermedad desconocida invadía el mundo. Contagiosa. Imparable. Nadie estaba seguro. Y menos ellos.

En un momento se paró el mundo. Ese mundo que ellos miraban desde afuera desde hace mucho tiempo entraba en pánico. Sin autos, sin colectivos, sin gente atestando las estaciones de trenes o subtes. Sin chicos y chicas en las escuelas. Sin nadie en las calles. Solo ese puñado de invisibles urbanos que en ese momento pasaron a ser solitarios dueños del espacio.

— **¿¡Pero qué carajo ese ese bicho, viejo!?** — Gritó el Perro.

— **¡Ni idea!** — respondió el Moco. — **Don Raúl, usted que sabe todo, ¿Qué es?** — preguntó.

— **No sé, ni mi importa, lo único que sé es que caen como moscas, y nosotros somos más moscardones que todos** — sentenció Don Raúl y siguió caminando con cierta bronca.

Algo sospechaba el Viejo Raúl.

En una de esas noches por Parque Patricios, el grupo quiso pernoctar en el Hospital más cercano. Ya sabían todo. A las 24 cambiaba la guardia y los que entraban siempre los dejaba pasar. Su pasaporte era una amena historia contada por David. Muchas veces se estiraba más allá de los 15 minutos y sus compañeros por dentro le pedían por favor que terminara.

Esta vez ya no fue igual.

Los guardias usaban barbijos celestes, los mismos que veían en las enfermeras de terapia intensiva. Sus manos enguantadas manipulaban unos aparatitos que le acercaban a la frente o a la muñeca de cada uno que intentaba entrar al centro de salud. Las ambulancias iban y venían. Adentro se reflejaban personajes con atuendos sacados de la ficción. Todos de blanco. Con escafandras y vestidos herméticos. Casi como astronautas. No se distinguían si eran médicos o médicas.

— **¡Faaa! ¡Parecen de una película!** — dijo el Moco.

David respondió sin dudar. Enseguida recordó el viejo cine Cuyo de Boedo — **Sí, de E.T., cuando lo vienen a buscar los de la NASA a la casa del pibe que lo había encontrado.**

Ese dato ya no importaba. El ingreso vedado significaba seguir caminando y pasar la noche dónde se pudiera. Al otro día el hambre los despertó uno a uno. Fue así que enfilaron para el bodegón amigo.

Ya eran las 9 y nadie aparecía. Se acomodaron cerca de la puerta para no molestar y así tener más posibilidades de comida. Pasaron cómo dos horas y nada. Creyeron que el santiagueño se había dormido. Se fueron.

Siguieron hasta la Avenida y la vieron vacía. Ya empezaron a entender que algo pasaba. Caminaron como 20 minutos para un lado y para el otro. No había nadie. En pleno centro porteño no había ni un alma. Un silencio atroz. Un silencio que se les pegaba en los huesos.

Se metieron en una Iglesia que sabían ir a cambio de comida por rezos. Llegaron para lo último, pero pudieron llenar un poco la panza. Mate cocido y pan. Mucho pan. Suficiente para estirar muchas horas. Ya estaban acostumbrados.

Ahí le confirmaron lo que ellos no sabían, pero sí intuían: Todos adentro por temor a la pandemia.

— **¡Es ese bicho, te lo dije!** — confirmó el Perro.

— **¿Y nosotros adentro de dónde si vivimos afuera?** — gritó el Moco.

Pasaron días, meses, y a hasta un año. Ya no era el grupo de cuatro. Solo quedaron David y el Perro. El Moco se fue quedando de a poco. Dormía más tiempo que todos. Caminaba más lento. Ya hablaba cosas que nadie entendía. Hasta que un día siguió descansando y lo dejaron en el umbral de un cajero automático. Y lo perdieron. Don Raúl en cambio una noche eligió ir a un parador y quedarse. Ya sabía de memoria que se debía cuidar. Cada uno ya tenía unos tapabocas grisáceos por el tiempo que se acomodaban mucho mejor en el mentón que entre la nariz y la boca. Había alcohol en gel por todos lados. También había mucha gente por todos lados. Era diabético y no lo sabía. Muy pocas veces comió azúcar de más para darse cuenta. Al principio la pasó bien. Hasta que un día su compañero más cercano no dejó de toser durante tres días seguidos y el tapabocas casi caído no cumplía la función que debía cumplir.

Don Raúl ya tenía edad para recibir la vacuna. Su falta de DNI y de celular lo dejaron expuesto y pospuesto para no se sabe cuándo. Se fue antes de qué pensaran en él como parte de un grupo de riesgo. Esos cráneos que creen que todos tenemos la tecnología a nuestro alcance ni se percatan de que hay miles y miles de personas que ni se acuerdan ni siquiera de cómo se discaba en los viejos teléfonos de ENTel.

David y el Perro Adrián sufrieron mucho. No sólo por hambre y frío. Perdieron a sus compañeros y aún más todavía perdieron la cuota de esperanza que les llegaba de los demás. Vieron cómo se les cerraban las puertas y la solidaridad también perdía con el bicho.

— **¿Te acordás David cuando escuchábamos los aplausos? ¿Te acordás cuando en la tele grande dijeron que de ésta íbamos a salir mejores? ¡Minga!** — sentenció el Perro.

David ni siquiera le respondió. Acomodaba su raquetero, cada vez más raído y casi sin pertenencias. Leyó un cartel inmenso que decía: “Use tapabocas siempre, lávese las manos y mantenga el distanciamiento social”. Volvió a leerlo: “Use tapabocas siempre, lávese las manos y mantenga el distanciamiento social”.

Cada vez eran menos los dueños de los restaurantes que debía entretener, los guardias pasaron a ser desconocidos y los polideportivos ya ni abrían sus puertas. Después de un rato en silencio miró al último amigo que le quedaba y se reconoció:

— **Nosotros somos los distanciados, los distanciados sociales desde siempre**

— **¿¡Qué!?** — preguntó el Perro.

— **Nada, nada. Cosas que se me ocurren con el hambre.** — sentenció mientras enfilaba para el único bar abierto a las 11 de la noche.

Tercer Premio - Cuento

Diario de la Guerra del COVID

Martín Ernesto Troncoso

Delegación Min. del Interior

Día 1: Extrañas noticias sobre un virus proveniente de China, tierra del comunismo maoísta. La raza amarilla se encuentra en pie de guerra contra un presidente Naranja, mandamás del mundo occidental. Se sospecha de la sopa de quiróptero como el inicio de todos los males. Los vocales de la ONU no saben cómo reaccionar. Murciélago es la única palabra que posee las cinco vocales, así que lleva todas las de ganar. La enfermedad se esparce como reguero de pólvora, igualando las condiciones con la guerra, que siempre se ha expandido como un virus incontrolable.

Día 2: Nace la nueva normalidad, que es la resultante de la que ahora ya es vieja. La futura está por verse. Gurúes de la new age vaticinan un devenir donde los humanos saldrán mejores; los que sobrevivan... obviamente. Se equivocan de cabo a rabo. Las instrucciones para sobrellevar la alarmante situación son muy sencillas, no hacer nada, descansar y quedarnos en nuestros hogares ¡Qué delicia! Acto seguido, apelar a la responsabilidad individual, a nuestro buen criterio y la madurez de cada uno de nosotros ¡Oh, cielos! ¡Estamos condenados!

Día 4: Se impone la cuarentena mundial. Los efectos no se hacen esperar y los daños psicológicos del encierro parecen ser irreversibles. Esto se hace visible cuando el confinamiento lleva... cinco horas. Científicos de la conducta sospechan que se trata de sujetos que ya venían quebrados de antes.

Algunas personas aprovechan para encontrarse a sí mismas. Los que logran hallarse huyen despavoridos. Se comprueba que estar solos, también es una forma de andar mal acompañados.

Día 5: Argentina ingresa en la pandemia en condiciones inmejorables. Un gobierno nuevo, de apenas tres meses, descubre que la gestión anterior ha eliminado la indigencia de un plumazo. En el país ya no hay pobres. Por un decreto presidencial del antiguo manda otarios, las personas de bajos recursos ahora son llamados “sujetos con capacidades económicas especiales”.

Día 7: Una gran cantidad de denunciantes reclaman que sus hogares han sido ocupados por extraños. Se sospecha usurpación de la propiedad privada, pero terminan siendo sujetos que recién empiezan a conocer a sus propias familias. Cuando lo hacen, aumenta la tasa de divorcios, no solo entre matrimonios, también padres contra hijos, primos lejanos y mascotas de porte mediano a grande, hartas de que las saquen a pasear esos sujetos, que deben ser peligrosos pues a partir de ahora usan bozales, como siempre lo debió haber hecho la raza humana, que ladra tanto como muerde, contradiciendo el refrán.

Día 10: Se implementa el uso del barbijo, erróneamente llamado tapa bocas. El mismo debe cubrir todo acceso facial de aire a nuestro cuerpo. Por la forma en que un buen número lo portan bien podía mantener su denominación anterior. Las narices empiezan a resultar sensuales. Las fosas nasales son el nuevo objeto del deseo erótico. Un resfrío significa excitación y estornudo puede provocar el clímax. El tabique provoca el mismo efecto que un par de glúteos bien firmes.

Dios es sabio e hizo que la pandemia no fuera de origen genital, de haber sido así sobrarían hombres que irían con el pito al aire por arriba de sus huevijos.

Día 13: Surge una nueva variante de la plaga en las escuelas de Estados Unidos. El coronatiros puede cobrar víctimas en apenas unos segundos. El agente transmisor, adquiere un arma de guerra entre

las góndolas de los lácteos y la sección ferretería en cualquier supermercado. El agente transmisor es liquidado en una especie de tiro al blanco, aunque el francotirador suele preferir el juego de dispare al negro.

El presidente del Mundo, don Señor Anaranjado, propone una solución científica al problema del COVID. Es una sabia combinación entre ingesta de desinfectante y un enema concentrado de rayos UV similares a camas solares. Sus votantes, obedientes, se broncean con sus upites apuntando el sol. La Naturaleza, entre ofendida y asqueada, declara diez días nublados. También amenaza con tormentas eléctricas de rayos anales, la próxima vez que se produzca una afrenta similar. Lo único que la detiene es el desagradable olor a pelo chamuscado.

Día 24: La situación comienza a ser grave. Las personas más agudas comprenden que se trata de un tema de proporciones esdrújulas. Mientras tanto los más rectos, desprecian a seres que consideran obtusos.

Ante el oscuro panorama que nos describe el mundo científico, optan por la solución más fácil. Dejan de creer en la ciencia. La historia retrocede veinte casilleros, que equivalen a seis siglos. La Inquisición es el nuevo grito de la moda vintage y se propone la quema de epidemiólogos en plazas centrales, televisadas al detalle para obtener más rating. Curanderos y panelistas, que viene a ser casi lo mismo, descubren entusiasmados que la soda cáustica cura el acné y aplicada en el cuero cabelludo, la seborrea. Se advierte que puede tener efectos colaterales y ante cualquier duda no dude en consultar a su médico... brujo, de cabecera.

Día 36: El planeta empieza a sentir los efectos de la acción de la raza más inteligente del planeta... las plantas. Al detenerse el mundo civilizado, la Tierra sana rápidamente. Reaparecen los delfines en Venecia, los venados en los countries y el león bizco de Daktari se cura del estrabismo. Es un mundo feliz. Incluso todo el mundo encuentra

a Wally, que por primera vez no se siente perdido, aunque sus amigos deben ser invisibles pues las calles están vacías. El país manifiesta una extraña manía de runners ansiosos por correr y kajakistas que establecen competencias en el arroyo Maldonado. Se teme la práctica del jumping desde edificios. Un par de cultores del salto de altura se estrellan contra el suelo. Por suerte vivían en hogares de una sola planta.

Día 48: Administrar la pandemia comienza a complicarse más aún. Desde la oposición empieza a hablarse de Infectadura, sus cultores bregan por la muertocracia, donde todos los cadáveres tienen igualdad de derechos.

Los medios denuncian que un asteroide comunista, repleto de rugbiers asesinos con una nueva cepa del coronavirus a cuestas impactará sobre Buenos Aires. Un oscuro pacto entre alienígenas carnívoros y la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner serían los responsables de tamaño Apocalipsis. Los masones tendrían implicancia en el asunto conducidos por Leonor Mason.

Día 72: Entramos en la tercera fase de la pandemia. Los guionistas avisan que la quinta enganchará con la primera temporada de Walking Dead, por lo que suponemos que todo terminará mal.

Los chinos imponen una nueva forma de sondeo. El testeo anal. Pragmáticos como siempre los orientales comprenden que no hay que dar vueltas y el mejor camino es el recto. Nuestros científicos, cautos, sostienen que habrá que analizarlo, dándole de alguna manera la razón a sus pares asiáticos.

Día 101: ¡Se descubre la vacuna contra el COVID! Lejos de producirse un cuadro de algarabía general, los libertarios denuncian un complot entre Soros, Bill Gates y otros popes del capitalismo mundial, que resultaron ser marxistas, pero acumularon una fortuna bilionaria durante décadas, tan sólo para disimular. La idea es implantar en las venas de cada ciudadano del mundo, microchips con un softwa-

re satánico para manipular las mentes de las personas, desde antenas 5G que freirán los cerebros de las almas libres que se opongan a las directrices del sionismo bielsista, al que le responden con un 4-5-3 que no es legal porque andaría sobrando dos jugadores, aunque a sus cultores les falten unos cuantos.

La aparición del antídoto es contrarrestada con la inefable presencia de los anti-todo.

Día 111: Una conductora de TV consume dióxido de cloro al aire. Luego aclara que era agua mineral en un bidón. Un acting. “Seré loca pero no estúpida”. Su falsedad es evidente. Ha sido rubio, morena y pelirroja pero nunca canosa. Por cuestiones legales no pienso dar el apellido.

Día 158: Los terraplanistas avanzan por avenida de Mayo. Montan en elefantes y tortugas. Los últimos tardan más en llegar que el general Alais conduciendo marcha atrás. Ignoran la rotonda porque sostienen que la Tierra es cuadrada como ellos.

Día 163: Los negacionistas dicen que el virus no existe. Sostienen que los números son inflados para instaurar una dictadura y tomar el control de las calles. Cuando la curva desciende denuncian que el poder político minimiza las cifras para no hacerse cargo de los muertos. A la vez piden que se libere todo, pero se extremen los cuidados para cubrirnos de una vacuna asesina que reclaman para salvarse de una muerte segura impulsada. ¿Me siguen?

La Asociación Psicoanalítica Argentina informa que la salud mental de la población se ha deteriorado y de cada tres personas, seis son bipolares.

Día 172: Ahora no solo niegan la existencia del coronavirus. Es puesta en tela de juicio la existencia de San Martín, de Jesús y Los Beatles. Un director de cine inglés roba esta última idea para hacer un filme de comedia romántica protagonizado por una estrella del cine hindú.

Los sociólogos llegan a la conclusión de que para no pensar como los negacionistas, con pensar es suficiente.

Día 312: Parte de la ciudadanía dice que las vacunas son veneno y el gobierno planea una masacre masiva como ocurrió en las Guayanas con la secta de Jim Jones. El ingeniero Mauricio Macri pronuncia su famosa frase “Solo sé que no sé nada”, aunque desconoce la máxima de Sócrates, a quien confunde con el centro delantero brasilero homónimo, demostrándose cabalmente que por primera vez en su vida, sus afirmaciones no son una falacia.

Día 312 bis: Alta demanda de las vacunas que antes eran radiactivas y diabólicas. Un grupo de suicidas se inyectan el antivirus y con enorme decepción, descubren que no mueren, para colmo de males ahora están inmunizados. Organizan una marcha por su derecho a morir. Les sugieren hacerla en La Matanza, pero dicen que es un lugar peligroso y no van, no sea cosa que les pase algo malo.

Día 510: A pesar de la alta cantidad de muertos los aperturistas del libre mercado sostienen que nos hallamos en una meseta, no sólo eso, los números están descendiendo y los occisos dejan de ser tales. Nos enfrentamos a la primera invasión zombie. Un grupo de come cerebros ataca una marcha de anti vacunas pero se mueren de hambre. Sostiene que el virus no mata pero el remedio sí. La gente se pregunta si acaso se puede ser más idiota y en vez de ofenderse lo toman como un desafío personal de auto superación.

Día 710: El nazi fascismo se alza con el poder mundial. Se decreta la abolición de la ley de gravedad y todos los humanos comienzan a flotar. China ataca Kamchatka. A pesar de las restricciones al turismo que aún persisten, los defensores de los derechos individuales se las rebuscan con viajes espacio- temporales. Los destinos preferidos son la Polonia de 1940, Pompeya del año 79 dC y la isla volcánica de Krakatoa. Vaya uno a saber por qué, la mayoría no vuelve ni trae alfajores.

Día 1008: Un pequeño príncipe de un planeta diminuto, cuyo único súbdito era una rosa que cubría con una campana sandwichera, traza una gran alianza con el emperador de un galaxia muy muy lejana; un extraño sujeto que porta máscara negra y un poderoso respirador, tal vez demasiado ruidoso y no acorde con la tecnología desarrollada. Ambos deciden acabar con la Tierra. Sus habitantes no son de fiar y la cosa llega a tal extremo, que llegan a posicionar tres Estrellas de la Muerte en nuestra órbita por si nos salimos aún más de nuestros cabales. Se unen en cruel cruzada, marcianos, enanitos verdes y todas las criaturas que pueblan los cuentos de ciencia ficción. Si la realidad superar a las fábulas es lógico que la fantasía se convierta en realidad. Recuerden que para ser nación tuvimos que vencer a los realistas. Todas son ilusiones como decía Richard Bach, aunque aprovechamos este espacio para la crítica literaria constructiva y recomendamos que no lean el título homónimo ni “Juan Salvador Gaviota”, literatura new wave para niños índigo adolescentes cuyas madres practican el yoga, el feng shui, andan siempre empastilladas y proclaman la libertad en nombre de las derechas más rancias.

Día 37542: 29 de febrero de 2124. Alguien acaba de decir “De esta salimos mejores”. Empiezo a dudar de que sea cierto. Apenas quedamos treinta y cuatro seres humanos en el mundo, tres somos argentinos y clasificamos a octavos de final, la República Brasileña de Bolsonaria ha quedado eliminada.

Algunos me empiezan a mirar con ojos de hambre. Tendré que tomar mis precauciones. Por suerte el fin de la pandemia está cerca, un meteoro del tamaño de una luna mediana de Saturno avanza inexorablemente sobre la Tierra. ¡Ten maldito coronavirus! Por fin te hemos vencido desde ahora y para siempre. ¡Viva la patria! We are the world... we are the children. We are the champions, my friend. ¡Vamos Argentina! Llegamos a la final ¿Y la Copa? ¿Y Candela? ¡Libertad o muerte! OK, muerte. Game Over.

Primera Mención Especial - Cuento

El alquiler

Fernanda Victoria Collinao

Delegación Min. de Seguridad

Llevaba muy bien la cuarentena y hasta la disfrutaba: tenía claro ese horizonte de tiempo que se renovaba cada quince días para descansar, cocinar las mermeladas que siempre tuve ganas de hacer y todavía no había podido y hasta de planchar todas las camisas para tenerlas listas cuando hubiera que volver a la oficina. Lo más complejo era salir del pijama, pero me obligaba a hacerlo repitiéndome frente al espejo “vestirse en pandemia dignifica”

Había descubierto que mi fórmula para pasar bien la cuarentena era maravillosa: me gustaba mi casa, tenía buen internet y estaba bastante en paz conmigo, hasta que me di cuenta de que se venía encima la primera fecha significativa del año para mi familia, el día del padre, y me derrumbé. ¿Cómo iba dejar solo a mi papá en su día, cuando yo era su única hija viva?

El permiso de circulación lo podía conseguir fácil ¿qué mejor y más real excusa que la de atención familiar? Tenía plata y tiempo, dos cosas que muy pocas veces se dan juntas, pero el país estaba parado. No había colectivos, ni aviones y mientras más googleaba posibilidades para ir hasta el sur, más me ahogaba en el llanto de la sola idea de mi viejo solo en su día. Hasta que las bondades de la publicidad se aparecieron en mi pantalla: alquileres de auto. La verdad es que no era barato, pero justo el día del padre cae en el mismo mes del aguinaldo y, si la plata no sirve para estas cosas, realmente no sé qué sentido tiene tenerla.

Así que el viernes previo al día del padre, a última hora, fui a retirar mi autito, con las únicas exigencias de que tuviese radio y GPS. Se ve que el señor que me atendió en la oficina tenía miedo a contagiarse y por eso me revoleó desde lejos la llave en la cara, mientras me dejaba sola en un estacionamiento sin ningún tipo de indicación sobre cómo funcionaban cosas básicas, como las luces.

Ya estaba jugada y, así, el bautismo de fuego de manejar en Buenos Aires fue en la ahora semi vacía Avenida Libertador, pero avenida al fin. Volví a casa manejando a 10 km/h, estacioné de forma bastante digna y relativamente cerca del cordón, para cargar el auto con mucho miedo porque, si en épocas normales ser mujer en una calle poco transitada en plena noche oscura es complejo, en pandemia todo lo malo se agravaba.

Pero con el auto ya en marcha y la calefacción abrazándome, todo se volvió más calmo y la voz del GPS se transformó en una especie de meditación guiada que hacía que a medida que pasaban las cuadras me sintiera cada vez más empoderada: Corrientes y yo, todas las luces de 9 de Julio encendidas para mí y todos los carriles exclusivos para mi autito. Ni el Decreto del Presidente me había parado.

La General Paz ahora parecía más corta sin tránsito, pero más angosta por estar envuelta en una neblina que me empañaba los vidrios y no sabía con qué botón erradicar. Antes de salir, papá me mandó un par de audios señalando que tenía que pasar un rulo que me dejaba en Cañuelas y putée un poco porque siempre que pasé por ahí estuve dormida o sacándole fotos a Mariano mientras él dormía y mamá le leía a papá el mapa. ¿Cuál habrá sido el último de los viajes juntos, sin saber que era el último?

Ahora estoy acá. Paso un peaje sin parar, nadie me pide documentos ni pagos, así que subo el volumen de la música que grabé en un pendrive antes de salir, para usar en esos pedazos de ruta en los que no hay más que radios AM, y me doy cuenta que son los mismos te-

mas que hacía escuchar a mi familia en todos los viajes de mi adolescencia y me pregunto cómo nadie me dijo que era música depresiva o simplemente de mierda.

Llego a Las Flores y paro en la primera estación de servicio que encuentro. No cargo nafta porque no gasté mucho, voy al baño y retomo la segunda etapa del viaje rápido porque quiero evitar todo lo que pueda cruzar animales de noche. Dejo atrás a los pocos camiones y, como empezamos a ser sólo la ruta y yo, le tomo confianza al chiquitito y sin darme cuenta le piso tanto el acelerador que los árboles del costado empiezan a perder su forma.

Es hermosa la sensación de subir y bajar sierras a la velocidad de la luz, ver la nada en el horizonte, tener el privilegio de ser la única entre tanto verde del costado de la ruta o de pasar los pocos obstáculos del camino haciéndoles zigzag sin frenar ni un poco, cantando a los gritos sólo para mi auto y, en la cresta de la ola de mi ego rutero, caigo en la cuenta de que voy sola y no necesariamente por el vacío de la ruta en plena pandemia.

Claro, es un viaje que lleva doce horas, demasiado tiempo para mantener la alegría inicial de la hazaña y empiezo a pensar mucho en Mariano. Porque me gustaría que estuviera sentado ahí al lado, porque un viaje de hermanos es lo único que nos quedó pendiente, porque extraño su risa y porque de las mil veces que pasamos por esos mismos lugares por ir de visita a nuestra casa o por empezar un nuevo año en la universidad. Ésta era la primera vez que los transitaba de forma tan diferente, tan consciente de su ausencia y lloré mucho y bajito, hasta una rotonda de Tres Arroyos, donde levanté a dos miliquitos que hacían dedo para volver a un pueblo perdido después de su servicio y que, hasta dejarlos, me distrajeron un poco de mi cabeza.

Por fin el último tramo, que es el más difícil por el cansancio y la oscuridad de la noche, pero sobre todo porque caigo en que ese tramo de ruta era el más viajado con mi hermano y me acuerdo de

cuando nos llevaban a comprar los útiles escolares a Bahía Blanca y de la cantidad de camisetas de básquet que heredé de él y que guardo como ese trofeo que Ginóbili sostiene en un cartel descolorido por el sol en la entrada de su ciudad natal. Estoy segura de que en esa parte del viaje nos hubiésemos empezado a alternar el volante y me hubiese cebado unos mates menos amargos que su falta. Aprieto fuerte el acelerador, esta vez para evitar que se me caigan las lágrimas porque no sé cuánto se va a tardar la cara en acomodarse y no quiero que mis viejos me reciban así, les sume más dolor. La ruta se me vuelve interminable, se me duerme un poco el pie y no veo la hora de que esa línea blanca intermitente del asfalto se termine.

Llego al puente al que todos los de la comarca llamamos nuevo, sólo porque el viejo es de la época de la Segunda Guerra Mundial y ni siquiera me doy el placer de mirar el atardecer en el río. Acelero, doblo, me choco con un pozo mal señalado, hasta que, de lejos, noto a mis viejos abrigados, sentados en el palier de su casa esperándome y, cuando finalmente veo sus ojos lagrimeando como los míos, me digo que ya está, que ya todo valió la pena.

Segunda Mención Especial - Cuento

Breve Racconto de un viaje intergaláctico por la existencia

Maximiliano Federico Sambucetti

Delegación RENAPER (UDAI MORÓN)

Desde que llegamos a la Tierra, hace ya un puñado de años, no nos había tocado enfrentar una amenaza de esta naturaleza.

En este sistema de existencia uno está expuesto a un montón de por menores, que incluyen, desde hambrunas, hasta accidentes; y desde asesinatos, hasta terribles enfermedades. Pero una trampa del destino, era cosa novedosa para todos los miembros de nuestro equipo. Somos una familia grande, representantes de miles de años de evolución, genéticamente preparados para la vida y las incertezas; empero, percibir en el horizonte, el arribo de un enemigo nuevo y desconocido, conmovía nuestro sigilo.

Al no tener forma física no sabíamos bien a qué pegarle o de qué huir. Todos los días, los científicos nos instruían con alguna nueva modalidad para repeler posibles ataques.

La cosa esta, podía esconderse en la palma de las manos, entre los dedos, en la garganta, o también podía entrar y salir por los ojos. Podía trasladarse a un nuevo cuerpo huésped, con tan solo un apretón de manos, o a través de gotas invisibles de saliva.

Máscaras, mascarillas, guantes, antiparras, componían la cohorte de intervención: pertrechos fundamentales en la lid, que resguardaban la vida, frente al misterioso invasor.

Cualquiera podía ser un enemigo, y era difícil reconocernos entre nosotros sin tener una referencia antigua y segura en los ojos del otro.

Guerra.

Con mi madre, mi mujer, mi hermana, y mis hijas, nos encerramos en la casa para tener una base de operaciones en común.

Salgo a hacer las compras ataviado con la indumentaria que mejor se adapta para la resistencia, emprendo mi camino al chino, el dueño de todos los alimentos, poseedor de secretos milenarios, que lo hacen invencible al virus, y le permiten marcar tendencia, en esta escalada belicista.

Con la mirada libre, que no es poco, elijo los productos para la subsistencia y regreso raudo al hogar. Nos ayudamos entre todos, y eliminamos posibles vestigios del mal rociando las prendas llegadas del exterior con alcoholes y lavandinas, que hasta ahora, resultan bastante eficientes para espantarlo.

Mi familia es especial, y todos los días festejamos la vida. Reunidos en la mesa, con lo que hemos podido conseguir o intercambiar, nos arrojamamos a verdaderos festines. Mezclamos fideos con bananas o semillas de girasol con mandarinas. Nuestra dieta, aunque rara, cumple con todos los valores nutricionales que mantienen la cordura. Mi madre, que es la mujer a la que más le gusta comer de la Tierra, ha decidido hacerlo como si todos los días fueran el último. Es un recreo para la mente verla sentada durante horas, racionalizando sus porciones, e ingiriendo con un placer, como el que sólo los dioses deben haber sentido, derramando ambrosía.

Cuando éramos chicos, no hacía ni 10 años que vagábamos por el planeta Tierra, mis hermanos y yo, sólo comíamos polenta, un manjar de maíz, que nuestra madre dispensaba desde una olla llenando las capacidades de almacenamiento de todos. Por eso hoy, creo yo, más aún con el virus incierto, ella disfruta de este placer, de sentir vivo su cuerpo en la variedad de sabores.

Con su paladar puede trasladarse a lugares remotos. A veces está en la mesa, y a veces en otro lado: el rostro bronceado, los pies con are-

na, enredado un brazo en lianas de ayahuasca, o embebida en jugos, como volviendo a nacer.

Antes de dormir, lee poemas, tan tristes y tan profundos, que cuando cierro los ojos me mojo el cerebro con lágrimas saladas.

Me ilusiona saber cómo hará mi hija de 12 años con las cosas que nos suceden a todos en este planeta a lo largo de una existencia, no imagino cómo hará para dar su primer beso. Confinada y con barbijo, la observo enamorarse de personajes del anime japonés. Sueña con besarse con Tanjijro, el asesino de demonios de la era Taisho, bajo una lluvia de flores de cerezo.

Cuando la más chiquita que tiene 3, visualiza a otro niño, en alguno de los lapsos en los que nos aventuramos a ingerir aire del de verdad, lo olfatea, al igual que lo hacen los perros, tratando de descubrir, cosas que tienen que ver con lo primigenio, con el “antes” de llegar a la Tierra.

Ayer fue un día de lo más particular. Inesperadamente hubo tres rituales:

Primero. Mi hermana.

Mi hermana impartió clases de yoga para toda la familia. En este tiempo sin tiempo que nos habita, los cuerpos tienden a entumecerse por la falta de movimiento y actividad. Por suerte, profundas meditaciones nos activan los tendones, y gracias mi hermana, formada con los más sabios maestros de las montañas de Rishikesh, conocida por la presencia del Señor de los sentidos, nos ayudan a sopesar la realidad, y lidiar con la bestias del lado oscuro, resulta más equilibrado.

Segundo. Mi madre.

Mi vieja me miraba con los ojos amarillos, muy amarillos. A mí no me pareció raro, en este mundo todo está permitido. Sí me pareció raro, que en medio de este caos, me dijera, como en flagrante rezo: Estoy tan agradecida a la vida, y se inundara la cara entera de emoción.

Tercero. Mi mujer.

¡Sorpresa!. Tomábamos un vino, y me dice que ya van varios días de atraso, y que quién sabe si...

En operativo raid, me zampé lo que quedaba de la botella en las fauces, e impelido por la emoción, fui en busca de un test.

Lo hicimos en secreto, con la seguridad de que algunos días de atraso tiene cualquiera. Cuando salió del baño, estaba claro, por el arco iris de colores fosforescentes, que se le había dibujado en la frente, que la nave nodriza empezaba el viaje para traer a otro de los nuestros.

Nos abrazamos todos.

Como inmersos es un poema, nos fuimos a dormir.

A medida que el virus se hace famoso, uno incorpora su presencia a la realidad de lo cotidiano, es como que está pero no está.

Ya ir al chino resulta una sencillez, y casi que me enjuago las manos para cumplir con los protocolos de seguridad, pero así no más con una agüita de fondo.

Estamos en una etapa denominada “Casos cercanos y contactos estrechos”; lo que dicho con otras palabras sería “Vecinos muertos y familiares y amigos pasándola verdaderamente mal”

Cada vez que me dan una noticia veo que me salvé por un pelo, pero pienso que si sostengo ciertos cuidados nada debería pasar. En casa también están todas hartas. Hacemos largas caminatas por las calles para embebernos de la preciada vitamina D, que sólo se encuentra en la naturaleza, y tenemos cuidado de esquivar, a otros, que como nosotros, andan sueltos.

Las imágenes son lamentables, cual si fuéramos leprosos todos cruzamos de veredas, evitando dejarnos pedazos de carne putrefacta adosadas a las caras.

El encierro lleva varios meses, mi vieja y mi hermana se han ido a sus casas. Hablamos a través de videoconferencias que nos propicia la tecnología del planeta.

Los contactos físicos han quedado anulados. ¡Lo que daría yo por salir a besarme en las mejillas con todo el mundo, y sepultar esta “piñita” asquerosa que se ha apropiado de nuestros saludos!

Juro ante los poseedores de los secretos ancestrales, que es como jurar ante un chino, que cuando termine esto, me voy a lamer el mundo a lengüetazos.

Con otros de mi misma especie, nos juntamos los miércoles a jugar a la pelota, por suerte, tras varios meses, han habilitado los campos de esparcimiento para el rodado del balón. Aunque la cosa está rara y “casos cercanos y contactos estrechos” no nos permiten tener la plantilla titular constante, aprovechamos la ocasión, para arrojarnos a la conversación, y también, a la bebida. Sé que después de esas noches, todos rogamos durante algunos días, que no aparezca el síntoma, que viene a ser como el aviso, de que el maldito entró en tu cuerpo.

Una de esas noches me pasó a buscar otro amigo por el campo de esparcimiento, y acudimos a otro campo de acción, que se llama “campo de agitación de la cebada fermentada”.

Charlamos, elaboramos estrategias para futuras batallas, y bebimos, bebimos con esmero y dedicación. La noche terminó perfecta, y hasta urdimos planes, capaces de desactivar el virus.

Al día siguiente, mi amigo me comunica la peor de las noticias. 39° grados colapsaban su cuerpo y un compañero de su trabajo había sido asesinado por “El invisible”. Sólo atiné a decir una frase que se usa mucho en la Tierra para estos casos y que reza “Rayos y centellas, Batman”.

Aguanté algunos días con el oscuro secreto entre los dientes, pero al tercer día, resucitaron las palabras sigilosas, y con un certero dolor de cabeza, confesé mis tropelías. Un aparejo introducido por expertos en mis fosas nasales había descubierto el ingreso del mal en mi cuerpo. Mi mujer y mis hijas habían perdido dos de los cinco sentidos, y eso indicaba también la presencia del virus en ellas.

Lógicamente, la casa pidió mi cabeza.

Por salame.

Paz.

No sé si por las clases de yoga de mi hermana, o por los poemas de mi vieja que nos tenían las defensas altas, o por la alimentación frondosa y las caminatas de vitamina D; lo cierto es que el mal pasó entre nosotros sin pena ni gloria.

Con algunos síntomas leves y cansancio generalizado, logramos echarlo de la casa, y en quince días estábamos más fuertes que antes.

La nave nodriza iba mutando su forma y ya se notaba a través de la piel de la panza, cómo el nuevo de los nuestros se acercaba en un viaje intergaláctico que todes esperábamos para revolucionar esta caída del mundo. Cuidábamos la panza de la nave nodriza con cantos antiguos, con caricias nuevas, con pureza.

Algo que me preocupaba era que mi madre ya no estaba comiendo como antes. Ella solía pasarse al menos dos horas sentada a la mesa, y ahora, cuando llegaba el momento, lo esquivaba, o cambiaba de colores muy rápido si comía. Yo le miraba los pies, a ver si había viajado a otro lado, si tenía arena o tierra, pero nada. Le miraba el rostro, para descubrir agua o gotas que me insinuaran otras latitudes, pero sólo veía sus ojos, siempre felices y amarillos.

Un día, cuando el tiempo ya era, mi mujer, en transmutación nao capitana, abrió las puertas de su propio cuerpo, para dar bienvenida a la viajera desconocida. Entre jugos y texturas, emergió desde los confines del cosmos.

Un llanto sideral, daba cuenta del frenesí furioso de la travesía: expresión de un recuerdo que se esfuma y al que sólo se accede en esos segundos, tan agudo y tan mágico, que al segundo siguiente hay que olvidar, para volver a aprender todo de nuevo.

La desconectamos del sistema de alimentación que le había permitido el viaje a través del tiempo y la trajimos con nosotros.

Vida. Muerte. Y otra vez vida.

Mi mamá, había aguantado hasta la llegada de la vida. Mantuvo en secreto el propio viaje que se estaba realizando dentro de ella. Lo ojos amarillos, advertían de un flagelo que crecía en su interior, por eso no comía, y por eso cambiaba de colores. Un golpe único. Insoportable. De una ferocidad que nunca había sentido desde que atravesó el universo.

Llegaron a verla algunos especialistas y nos dijeron la imposible noticia de que ella viajaría en breve a otro lado.

No queríamos. Las niñas no querían. Yo no quería. Mi hermana y mi mujer no querían. Ella tampoco. El alma mater de todos tampoco quería.

Emprendió el viaje sin saber a dónde iba, como yendo de paseo.

Los niños que todo lo entienden, saludaron al cielo, hasta que la última luz de su nave desapareció en el infinito.

Llegó a decirme: Continúen explorando la Galaxia hasta el segundo final. Nada puede ser más maravilloso.

La noticia nos hizo sentir imposibles. Pero al mirarnos, allí estábamos todos. Los mismos de hace miles de años. Los mismos gestos. Unos mismos ojos. Y la certeza de haber confluido en muchas travesías.

Somos una familia grande. Apenas una milésima de segundo en este viaje inexplicable. Seguramente eternos en la circularidad de nuestra existencia intergaláctica.

Mención del Jurado - Cuento

Un antes y un después

Julieta Belén Velázquez Heinrich

Delegación Fuerza Aérea

Buenos Aires, 10 de julio de 2020. Helena posa sus ojos en la telaraña del techo del living, como esperando encontrar una respuesta en la simbología de lo cotidiano, no la encuentra. Como música de fondo, ese bolero agridulce que se convirtió en la obsesión de turno de su madre. Miradas y silencios cómodos en el living, porque a veces es mejor no hablar ni pensar tanto claro, a veces es preferible obsesionarse con una canción y dejar el tiempo reposar.

COVID 19, Momento histórico, confinamiento sin final, días sin noche y noches sin día. La incertidumbre como sentimiento predominante en toda casa, en todo rincón del planeta.

Helena sigue acostada en el sofá mirando la telaraña, otra noche sin día que comienza. Aunque en esta sesión de abstracción y silencio, su pecho se inundó de amargura, tuvo la sensación de que las cosas se complicarían de manera sustancial. Rápidamente atino a convencerse de que solo se trataba de un reflejo de su ansiedad, seguramente generado por el encierro. Pero como hemos de saber, la vida siempre hace aviso en ráfagas de intuición.

Buenos Aires, 11 de julio de 2020. No sé si comenzar por describir el escenario, o la agudeza de los pensamientos que martillaban la mente de Helena.

Guardia general del Hospital de Clínicas, la tensión se respira y se ve, ambulancias llegan con personas enfermas. El personal sanita-

rio desfila en sus trajes especiales blancos. Familiares esperan afuera, preguntándose cuándo sus seres queridos serán trasladados a planta.

Entre toda esa presión sin quererlo, como manera de encontrar asilo de aquella situación, Helena cayó una vez más, en una sesión de abstracción y silencio. Pero esta vez fueron varias y largas horas.

El frío de la mañana trajo a una jovencita acompañada de su madre. Completamente aterrada, se sentó en unos banquitos que había en la puerta de la guardia. Lloraba y se refregaba la cara, como una niña en su primer día de clases aferrada a las piernas de su mamá. Buscando encontrar refugio de lo desconocido. Su mamá la consolaba en un inmutable y amoroso silencio. Helena observaba. Faltan quince minutos para las doce del mediodía, dos patrulleros escoltan a un joven esposado hasta la puerta de la guardia. Acto seguido, se sienta en el cordón.

Helena lo mira de reojo y alcanza a distinguir en su frente un corte apenas sangrando, ella respira profundamente y baja la mirada al suelo. Sentado en el cordón, con sus manos esposadas detrás de su espalda, el joven comienza a hacer una especie de catarsis existencial, lamentando su mala fortuna, justificando los actos que lo condujeron hasta aquella situación y repitiendo sin parar que le dolían las muñecas. Los policías observan en silencio, a los pocos minutos dos médicos salen de la guardia, intervienen en la catarsis y automáticamente la transforman en un debate socioeconómico, abordando desde la crisis sanitaria global, la desigualdad en tiempos de pandemia y hasta repasaron algunos códigos de ética profesional. Todo en tres minutos.

Los médicos acceden a atender al joven esposado, el solo repite: necesito trabajar, no puedo quedarme en mi casa.

La abuela de Helena siempre se caracterizó por ser una mujer inquieta, y lo que empezó como una travesura de vieja, escaparse al mercado para comprar pan, tuvo un desenlace calamitoso: fractura de cadera, largas horas en la guardia colapsada de pacientes con

COVID 19, esperando una cama. Expuesta como nunca a ese virus maldito. Cae el sol y Helena pregunta por tercera vez, si existía alguna remota posibilidad de pasar, aunque sea un minuto a ver a la mujer que la crio, en el fondo deseando ambivalentemente que no se lo permitan. Quizá una mejor idea sea evitar esa dolorosa escena. Obviamente recibió una negativa como respuesta.

El cielo se fue tiñendo de color rojo, un rojo vivo y apasionado, como el de un corazón que vibra entero al latir. Suavemente el rojo viró a negro, y otra noche sin día hacia su galante entrada. Helena tiene frío, sigue absorta en sus pensamientos. De forma precipitada un sujeto, irrumpe en el cuadro. Un hombre de aspecto gastado, cansado y sucio, pero con una particular luminosidad se sienta a su lado, se baja el barbijo y prende un cigarrillo, en su muñeca lleva una venda. Por unos minutos comparten silencio.

El hombre se levanta, suelta unos suspiros mientras estira su espalda y murmura entre dientes: Tengo que volver.

Helena curiosa, le pregunta si se encuentra internado en la guardia, a lo que el asiente.

— ¿Cómo hiciste para salir? — dijo Helena sorprendida.

— No estoy muy seguro de cómo lo hice, pero necesitaba tomar aire — confesó el joven entre risas nerviosas.

Helena describe a su abuela y le pregunta si le podría dar un recado, una bolsa con un gorrito y una revista de crucigramas para matar el aburrimiento, de paso hacerle saber que ella estaba afuera y que se iba a quedar ahí toda la noche, aunque no la pudiera ver. El hombre no dudó en aceptar y con su mirada le transmitió serenidad, entre tanto distanciamiento social, Helena sintió una ráfaga de calidez en su alma. Después de algunas horas él volvió a salir, le dejó la bolsa vacía.

— Me dieron el alta — dijo mientras encaraba sus pasos a la calle,

tu abuela se puso contenta remató. Helena tras su barbijo esbozó una semi sonrisa y lo siguió con la mirada hasta que su rastro se fue esfumando. Un viento altanero se fue levantando y consigo trajo un remolino de hojas secas, entre ellas un pequeño trozo de papel doblado. El cuerpo de Helena fue recorrido por un sentimiento de curiosidad del que no pudo ni quiso huir. Tomó el papel entre sus manos, lo desdobló y leyó:

"Llora corazón, pero no te rompas,
la angustia dolerá, pero te hará trascender"

Helena nunca más vio a su abuela. Solo en sueños. Y del año aquél, aprendió que hay personas en nuestra vida que son un antes y un después.

CATEGORÍA POESÍA

I

Primer Premio - Poesía

Título de la obra: “Clave en Réquiem”

Autor: Joaquín Fernández Madrid

Delegación ENACOM

II

Segundo Premio - Poesía

Título de la obra: “Contemplaciones de aquel contrabajo”

Autor: Gonzalo Ezequiel Gallo Campos

Delegación Legislatura

III

Tercer Premio - Poesía

Título de la obra: “Nocturno”

Autora: Carlos Enrique Alonso

Delegación Min. del Interior

IV

Primera Mención Especial - Poesía

Título de la obra: “Salir de ahí”

Autor: María Eleonora Paluszczak

Delegación Min. de Desarrollo Social

V

Segunda Mención Especial - Poesía

Título de la obra: “Botones por el suelo”

Autora: Juan Pablo Romagnoli

Delegación Min. de Desarrollo Social

VI

Mención del Jurado - Poesía

Título de la obra: “Después del partido”

Autor: Mariano Luis Shifman

Delegación ENACOM

VII

Mención del Jurado - Poesía

Título de la obra: “Una soledad en la que insisto”

Autor: Alan Ezequiel López

Delegación SRT

Jurados

María Victoria Bianco

Verónica Ruscio

Alberto Muhape

Primer Premio - Poesía

Clave en Réquiem

Joaquin Fernández Madrid

Delegación ENACOM

I Sosiego

etéreo
con los labios en paz
levita
sus pómulos rosados
aún tibios
sobre sus manos entrecruzadas
y los párpados vencidos
colecciona juegos
en los que siempre gana
y en su epístola de despedida
despojado de todo ritual
pacta ser libre

II Honras

los abrazos
se orquestan
en una partitura que no soporta
ni el peso de los vientos
enclave el sol
en fuga el cónclave

deja traslucir
la coda final

III El Destiempo

Desceñida alma
del surco agrieta las lágrimas
se hunde en la piedra
donde el ocre desploma al otoño
y la sombra les roba el oro a los lirios
bajo las cenizas
lloran los olmos
enraízan anhelos
pensares y miedos
para que después de la tormenta
brote portapaz

IV Cincelada

El mármol zurcido
con hilos de musgo
y el rocío que en cursiva socava su nombre
sólo se escuchan las aves
que hacen pie en tu memoria
el flagelo de los pastos crecidos
pisadas bañadas de recuerdos
dientes de león desnudos
dan cuenta de tu paso
solo el tiempo
soporta el peso de la pena

Segundo Premio - Poesía

Contemplaciones de aquel contrabajo

Gonzalo Ezequiel Gallo Campos

Delegación Legislatura

Tiene sentimiento.
trasferido en cada ondulación.
cierro los ojos, como entregado por su canto
mientras mis células vibran, pausadas, a su tacto.

Aquella aura que lo alumbra es el rayo,
el trueno infinito,
voz suya
appassionato,
como invisible rehúya,
mi soledad, mi llanto.

Dirán que no tiene sentimiento,
Que saben de nosotros,
sordos de un mundo brioso.

Tercer Premio - Poesía

Nocturno

Carlos Enrique Alonso

Delegación Min. del Interior

Y en la nocturnidad
Flota el sueño...
Intentando atrapar todos los fragmentos.
Esquirlas dispersas de la memoria
Corroídas en senderos lejanos.
En la magia de los abismos interiores
Los objetos ensimismados, inertes
Se consumen en un abismo de reposo.

Primera Mención Especial - Poesía

Salir de ahí

María Eleonora Paluszczak

Delegación Min. de Desarrollo Social

Laberinto transitado, bocanada de aire
se expande la vida en un suspiro
el mirar atrás, es un descuido.

Vaivén desconcertante, torbellino de consecuencias
se proscriben las causas en un latido.
El mirar atrás, es olvido.

Segunda Mención Especial - Poesía

Botones por el suelo

Juan Pablo Romagnoli

Delegación Min. de Desarrollo Social

Y si un viernes, que es hoy para siempre
estudiase bien tu boca
y concediera a tus manos todos los permisos posibles
podría cerrar suave los ojos
esperando, y casi implorando, que por favor
ignore para siempre mis botones.

Cuanto más fácil sería todo
Si me aprendo bien como despiertas

Y si un día cualquiera, que podría ser hoy para siempre
con tu boca estudiada, y con tus manos libres
podré abrir entonces los ojos
porque con tus mañanas ya aprendidas
saldré de la cama
dejando mis fantasmas
ahogándose en tu boca.

Mención del Jurado - Poesía

Después del partido

Mariano Luis Shifman

Delegación ENCACOM

El capital ha sido inoculado,
anuncian los “filósofos” en boga:
juzgan la realidad desde su estrado
virtual (se ponen jerga en vez de toga).

Un fantasma recorre hoy el Mercado,
y aunque invisible ya anudó la sogá.
Éste es un “mundo otro” al del pasado:
otra “legalidad” nos interroga.

Veremos, dijo Lemos -sabia rima-,
la peste está vigente y los anima:
ya ha de salir el diario el día lunes.

¿Cómo será la sociedad en ciernes?
Imagino secciones muy comunes:
las que he leído en la edición del viernes.

Mención del Jurado- Poesía

Una soledad en la que insisto

Alan Ezequiel López

Delegación SRT

Hay algo en la lluvia de esta noche,
y en el miedo que olvidamos
por costumbre.

Hay algo en la lluvia de esta noche
y en el viento amargado
que me apaga el pucho,
mientras miro por la ventana y veo a una pareja que discute
hace tan solo un momento.

Hay algo en la lluvia de esta noche,
mientras abro y cierro los ojos
y te acercás por la espalda
apoyando tu mano en mi hombro
para decir que ya está,
que ahí viene
el ascensor
a buscarte.

Hay algo en la lluvia de esta noche
y en el ruido de tus pasos,
que me obligan a un silencio que descubro
al mirarte a través de esa puerta que se cierra.

Hay algo en lo poco que queda
de este primer minuto,
de una soledad en la que insisto.

ÍNDICE

<i>PREMIADOS - Vol. 4.</i>	
Prólogo	7
Concursos 2020	11
<i>Primer Premio - Cuento Noche para un país que no existe - Martín</i>	
Moreno	15
<i>Segundo Premio - Cuento El Viejo - Maximiliano Díaz</i>	23
<i>Tercer Premio - Cuento El Dije de Belgrano - Alberto Cazon</i>	27
<i>Mención Especial - Cuento Los Generales - Macos Almada</i>	33
<i>Mención Especial - Cuento Yatasto con aroma de mujer - Silvana</i>	
Da Silva	41
<i>Mención del Jurado - Cuento Próceres Argentinos - Diego Accorsi</i>	49
<i>Mención del Jurado - Cuento El Abrazo - Andres Brandollini</i>	53
<i>Primera Premio - Poesía La Bandera - Ruben Muhape</i>	61
<i>Segundo Premio - Poesía Presencia - Martín Moreno</i>	63
<i>Tercer Premio - Poesía Alta y Orgullosa - Camila Comisso</i>	65
<i>Mención Especial - Poesía Del Pueblo - Nicolás Salazar</i>	67
<i>Mención Especial - Poesía Alada en el viento - Fernanda Rodriguez</i>	69
<i>Mención del Jurado - Poesía La verdad en las palabras - Manuel</i>	
Dodero	71
<i>Mención del Jurado - Poesía Mi Bandrea - Ariel Baudacco</i>	73

CONCURSOS PARTICIPATIVOS

Concursos 2021	75
<i>Primer Premio - Cuento</i> <i>La máquina de escritura</i> - Gustavo	
Ignacio Miguez	79
<i>Segundo Premio - Cuento</i> <i>Los distanciados</i> - Gustavo Ramón	
Fernández	83
<i>Tercer Premio - Cuento</i> <i>Diario de la Guerra del COVID</i> - Martín	
Ernesto Troncoso	91
<i>Primera Mención Especial - Cuento</i> <i>El Alquiler</i> - Fernanda Victoria	
Collinao	99
<i>Segunda Mención Especial - Cuento</i> <i>Breve Racconto de un viaje</i>	
<i>intergaláctico por la existencia</i> - Maximiliano Federico	
Sambucetti	103
<i>Mención del Jurado - Cuento</i> <i>Un antes y un después</i> - Julieta Belén	
Velázquez Heinrich	111
<i>Primer Premio - Poesía</i> <i>Clave en Réquiem</i> - Joaquín Fernández Madrid	119
<i>Segundo Premio - Poesía</i> <i>Contemplaciones de aquel contrabajo</i> -	
Gonzalo Ezequiel Gallo Campos	121
<i>Tercer Premio - Poesía</i> <i>Nocturno</i> - Carlos Enrique Alonso	123
<i>Primera Mención Especial - Poesía</i> <i>Salir de ahí</i> - María Eleonora	
Paluszczak	125
<i>Segunda Mención Especial - Poesía</i> <i>Botonoes por el suelo</i> - Juan	
Pablo Romagnoli	127
<i>Mención del Jurado - Poesía</i> <i>Después del partido</i> - Mariano	
Luis Shifman.....	129
<i>Mención del Jurado - Poesía</i> <i>Una soledad en la que insisto</i> - Alan	
Ezequiel López	131

